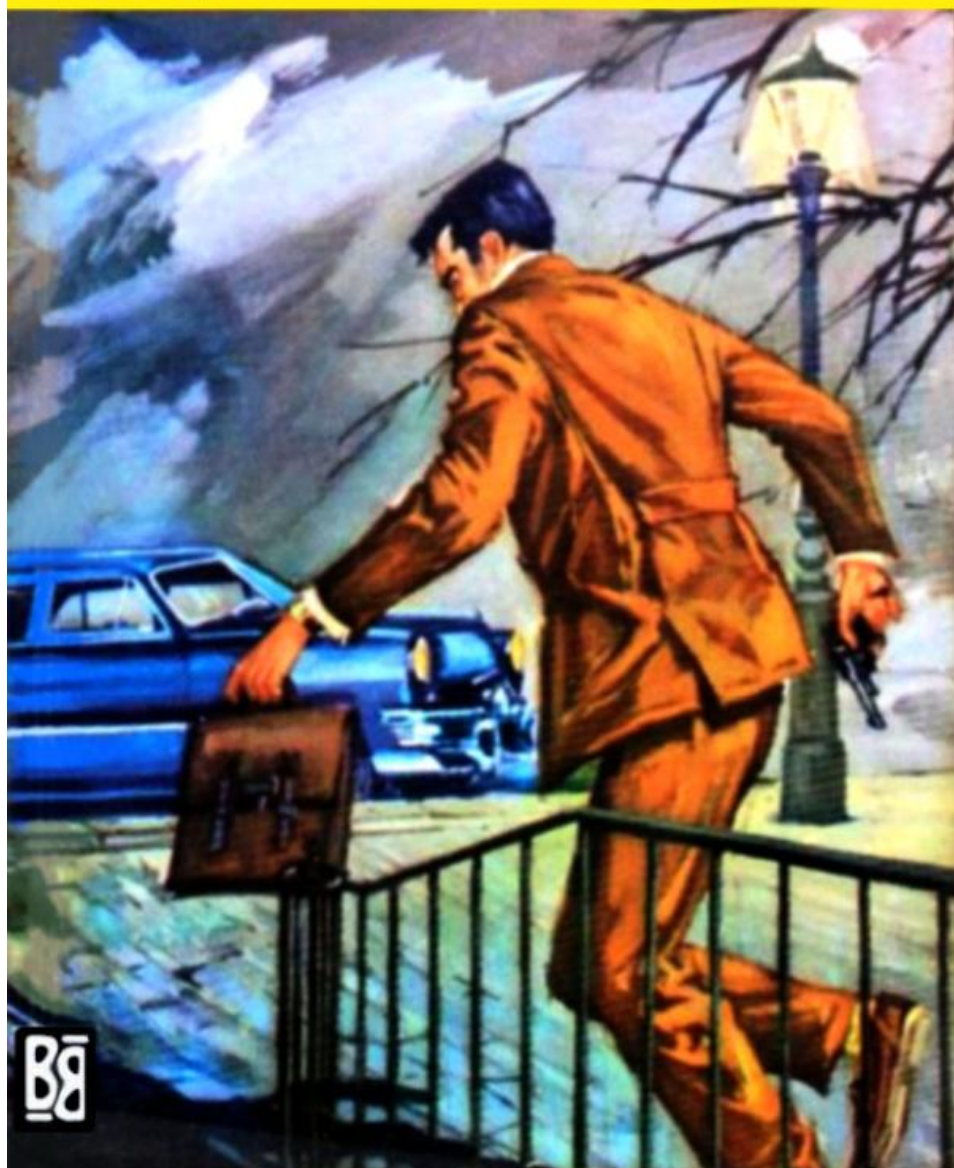


PUNTO
ROJO

¡roba o muere!

louis g. milk



B&B

¡ROBA O MUERE!



LOUIS G. MILK

¡ROBA O MUERE!

Colección PUNTO ROJO n.º 184
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RÍO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25547 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: noviembre 1965

© LOUIS G. MILK - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6.174/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

778. — Los diablos fugitivos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

82. — La sepultura maldita.

En Colección PUNTO ROJO:

168. — El muerto... ¡vive!

En Colección BUFALO:

601. — «Fuerte Desesperación».

En Colección CALIFORNIA:

451. — La última palabra.

CAPÍTULO PRIMERO

Hart Rafferty con templó en silencio el revólver que tenía frente a sí, a menos de cincuenta centímetros de su rostro.

El revólver estaba cubierto por un periódico, colocado de tal manera, que nadie sino Rafferty y el propietario del arma conocían su existencia en aquellos instantes.

Como uno de los cajeros del «Simmons Trust». Rafferty había estado temiendo siempre la posibilidad de un atraco más de una vez, se había preguntado qué haría en el caso de que tal atraco se produjese de una manera directamente relacionada con él.

Se sintió muy sorprendido, y aliviado, cuando se dio cuenta de que tenía mucho menos miedo del que había llegado a sospechar. A fin de cuentas, si entregaba el dinero, al atracador no le haría nada.

Ciertamente, tenía al timbre de alarma al alcance de su pie derecho. Bastaría moverlo unos centímetros para poner en conmoción el Banco y sus alrededores. Incluso tenía muchas posibilidades de salir con bien, si se dejaba caer rápidamente detrás del mostrador. Esto le protegería de los posibles disparos del asaltante.

Pero Rafferty no se sentía tentado a hacer el héroe. Primeramente, porque no lo era y, en segundo lugar porque el señor Simmons, el opulento y altivo señor Simmons, propietario del Banco, tampoco se lo merecía.

Claro que el dinero sería repuesto por el seguro, pero mientras tanto, Farcey Simmons padecería un poco. Se lo merecía.

Días atrás, Hart Rafferty había ido a visitarle con objeto de pedirle un aumento de sueldo.

Farcey Simmons era un sujeto casi cincuentón, que parecía más gordo de lo que en realidad era, calvo por completo, de ojos vivaces

y astutos y papada que si agitaba mucho al hablar. Simmons hablaba siempre con gran prosopopeya; lo hacía más para escucharse a sí mismo *sus pomposos* discursos, que para que le escuchasen los demás.

La petición de aumento había sido denegada. Tota quince cochinos dólares más semanales.

—Honradamente, señor Rafferty, ¿lo necesita usted? —le había preguntado Simmons, parapetado tras su lujosa mesa de cedro, con escribanía de plata.

—Si no lo necesitase, no se lo pediría, señor Simmons —contestó el joven, porque Rafferty estaba por cumplir aún los treinta años.

—¿Es usted casado?

—No, señor.

—Luego no tiene que correr con el riesgo de sustentar a una familia.

—No, señor, pero...

—Vive usted solo, según tengo entendido.

—Así es, señor Simmons; mi pobre madre murió hará unos tres meses...

De nuevo había levantado su gordezuela mano el plutócrata.

—Lo cual significa que sólo tiene que atender a una persona: usted mismo.

—Sí, señor; pero permítame que le expliq...

—Su sueldo, tengo entendido, es en estos momentos de cuatrocientos veinticinco dólares mensuales. Para una persona sola, sin compromisos de ninguna índole, con una sola boca que alimentar y un solo cuerpo que vestir.

—Desde luego, señor Simmons...

El banquero no le dejaba meter baza.

—Sé que es usted un hombre honesto y morigerado, que carece de vicios, salvo los corrientes en todos nosotros, ningún pecadillo de importancia, por cierto —manifestó Simmons condescendentemente—. Pero yo no puedo correr el riesgo de que se lance usted a una vida de disipación y molicie, amigo Rafferty. Sí, amigo, a pesar de que usted crea todo lo contrario.

—Pero, señor Simmons...

—Déjeme seguir hablando, mi querido amigo. Si yo le concediese ahora el aumento (quince dólares semanales, sesenta y

pico al mes), sería un aumento que usted emplearía en cosas que no necesita: satisfacción de sus socios, tal vez la adquisición de un vicio funesto... Esto le llevaría a una necesidad de dinero cada vez mayor y, naturalmente, volvería a llegar el momento en que volviese a pedirme de nuevo otro aumento. Yo sé lo negaría, por supuesto, y usted, estando dónde está, consideraría tal vez que es muy sencillo distraer un centenar de dólares de la caja hoy, mañana doscientos, al otro trescientos y así... ¿Ve como con mi actitud le estoy evitando convertirse en un ladrón, amigo Rafferty? Esto no lo haría cualquiera; simplemente, le concedería el aumento y se olvidaría del asunto. Pero yo le aprecio a usted, mucho más de lo que cree, y quiero evitar que termine sus días en una oscura y húmeda celda. Eso es todo, señor Rafferty.

El joven había debido contenerse para no saltar sobre Simmons y aplastarle como a un sapo repugnante. ¡Tipo asqueroso! Había pensado.

Y ahora, tenía al atracador frente a sí, pidiéndole siete mil quinientos dólares.

Era el dinero de Simmons. ¡Que lo defendiese Simmons! ¡Condenado plutócrata!

El atracador se había presentado de la forma más sencilla y natural. Por un momento, Rafferty había llegado a pensar que se trataba de uno de «Los Cinco Muñecos», la temible banda de atracadores que saqueaban desde hacía meses los Bancos de la región.

Pero no, era un atracador solitario, del tipo de los que se presentan aisladamente en un Banco, enseñan un revólver al cajero y le presentan una nota, pidiéndole tal a cual suma de dinero.

En el caso de Hart Rafferty, siete mil quinientos dólares.

Tenía la nota frente a sí. El atracador la había escrito en un trozo alargado de papel de color azul claro, que, a la vista de los demás, parecía un cheque.

La nota decía lo siguiente:

«Cuenta usted siete mil quinientos dólares y entréguelmelos rápidamente. No haga el menor gesto ni lance la señal de alarma, si quiere seguir viviendo y déjeme cinco minutos para irme o emplearé el revólver».

Estaba bien claro. Había que darle al tipo los siete mil quinientos.

Pero ¿por qué una cantidad tan extraña? ¿Por qué no una cifra más redonda: siete mil... u ocho o diez mil? No; tenían que ser siete mil quinientos, bien claro estaba escrito.

Contempló al atracador. Era un hombre joven, algo mayor que él, sin ningún rasgo especial en sus facciones que le hiciste destacar entre una multitud de personas. Claro que, si uno se fijaba detenidamente.

Llevaba un bigote, normal, correspondiendo el color del pelo al de sus cabellos castaños. Pero el bigote tenía una pequeña marca, que sólo se advertía contemplándolo de muy cerca.

En el pasado, el atracador había sufrido un corte en el lado izquierdo del labio. Los pelos del bigote cubrían la cicatriz, de modo que a dos o tres metros, no se notaba siquiera.

Pero a cincuenta centímetros, se advertía una ligerísima depresión situada a mitad de distancia entre la nariz y el extremo del bigote. Era la única señal visible, porque incluso llevaba las manos cubiertas con guantes.

Lanzando un suspiro, Rafferty contó el dinero y se lo entregó al atracador.

—Aquí tiene, señor —dijo amablemente.

—Muchas gracias —contestó el sujeto. Y se retiró con paso normal.

Rafferty le miró irse. El sujeto cojeaba ligerísimamente. Su pie derecho entraba un poco hacia adentro, como si tuviese un tendón afectado de manera irremediable.

Dos señales para descubrirle. Y...

Y compartir con él la suma robada.

Se quedó sin respiración al asaltarle semejante pensamiento. ¿No sería una agradable venganza contra la roñosería del repugnante señor Simmons?

Tal vez...

La mujer que esperaba turno le entregó un cheque.

—Estoy esperando —dijo impaciente.

El grito que pegó la mujer cuando Rafferty pisó el timbre de alarma, superaba de largo el estridor del propio timbre.

El teniente Dogson concluyó su interrogatorio en el propio

despacho de Farcey Simmons y en presencia de éste.

—Así que no era uno de «Los Cinco Muñecos» —dijo.

—No lo sé —contestó el joven, mareado y aturdido por el cúmulo de preguntas que había tenido que soportar—. No le conocía, nunca le había visto antes de ahora... ¿Y cómo iba a saber yo si pertenecía a esa banda?

—¿Por qué les llaman «Los Cinco Muñecos», teniente? —quiso saber el opulento señor Simmons.

—Verá —contestó el oficial de policía—. Las declaraciones de todos los testigos coinciden en afirmar que los rostros de los cinco bandidos tienen una apariencia normal y corriente, salvo por una cosa: su falta de expresividad. No mueven un solo músculo de sus facciones mientras llevan a cabo su golpe y esto, que en un hombre podría parecer corriente, al menos en semejantes circunstancias, ya no lo es tanto, si se piensa que son cinco y que alguno de ellos, por cualquier causa, tendría que mover algún músculo de su rostro. Por todo ello, hemos llegado a la conclusión de que usan máscaras que simulan caras humanas.

»Usted se encontraría en la calle con uno de esos atracadores, disfrazado de tal manera, y no lo notaría siquiera. Pero al cabo del tiempo y al cabo de casi una docena de asaltos, la gente llega a fijarse en tal detalle y nos lo dice. Son decenas de testigos los que han dado cuenta de esa total inmovilidad de sus facciones. Por dicha razón, suponemos que usan máscaras, muy bien hechas, por supuesto. Y de ahí que se les haya dado en llamar “Los Cinco Muñecos”».

—Entiendo —dijo el señor Simmons pensativamente—. Y, según creo, la suma de sus asaltos les ha producido una cantidad muy respetable.

—Doscientos mil bien largos —convino el teniente Dogson con desvaída sonrisa. Miró al joven—: Señor Rafferty, vaya mañana por Jefatura y pregunte por el sargento Feneran. Le pondrá delante un libro con fotografías... a ver si usted reconoce al asaltante y conseguimos algo. A las nueve de la mañana, por favor.

—Iré —prometió Rafferty con voz débil.

Dogson se marchó.

Los dos hombres se quedaron solos. Simmons miró al joven.

—Señor Rafferty —dijo—, voy a subirle el sueldo en los sesenta

mensuales que usted me pidió la semana pasada.

El joven se quedó atónito. La actitud de Simmons le desconcertó.

—Muchas gracias... —balbuceó—. Después de lo ocurrido...

—No soy ningún tipo generoso, si es eso lo que quiere decirme usted —manifestó el banquero con gran frialdad—. Se trata, simplemente, de recobrar la suma robada.

Rafferty se quedó con la boca abierta de par en par. Simmons le entregó una cuartilla de papel, en la que había más cifras escritas con lápiz.

—Es evidente —dijo Simmons—, que usted pudo haber evitado el asalto...

—¡Pero el Consejo Nacional Bancario recomienda que no nos resistamos cuando nos amenacen con armas! —protestó Rafferty coléricamente.

—Eso no reza para mis empleados. Les pago para que defiendan mis... los intereses del Banco. Lea, lea lo que hay escrito en esa cuartilla. El aumento del sueldo, servirá para compensar la suma robada, que usted no intentó siquiera defender.

Rafferty estaba aturdido.

—Siete mil quinientos dólares... a sesenta mensuales, son ciento veinticinco meses que habré de estar sujeto a descuento. ¡Diez años y cinco meses!

—Exactamente, señor Rafferty.

—¿Y del seguro, qué me dice usted? Le abonará la suma sustraída...

—Los del seguro se muestran siempre muy reticentes en casos como el presente. Es posible que paguen, en cuyo caso, le será levantada la retención de su sueldo. Naturalmente, volvería a cobrar lo mismo que ahora y yo, para que vea que no soy avaro, le entregaría el importe de los aumentos retenidos. Pero mientras no se me compense la suma robada, usted seguirá sujeto a descuento.

Rafferty miró al individuo y se sintió tremendamente asqueado por tamaña avaricia. Le hubiera gustado tener a mano un buen garrote para molerle unas costillas bien forradas de carne, pero no podía hacerlo... a menos que arrancase la pata de una de aquellas valiosas sillas de madera de cedro.

Pero podía hacer otra cosa.

—En realidad, es usted muy generoso, señor Simmons —dijo

sonriendo—. Y me gustaría demostrarle de algún modo mi agradecimiento.

Simmons se pavoneó.

—Usted es un muchacho sensato, que sabe comprender las cosas. Yo me felicito por tener gente así empleada en mi Banco.

—El afortunado lo es usted, por poseer un tan alto espíritu de justicia y de caridad —dijo Rafferty con gran prosopopeya—. Por favor, deje que le exprese la infinita gratitud que siento.

La escribanía de plata tenía dos tinteros, uno con tinta negra y el otro con tinta roja. Rafferty cogió ambos y pasó detrás de la mesa, situándose encima de Simmons.

Luego, con gesto impasible, volcó ambos tinteros y los vertió sobre la reluciente calva del banquero, hasta que no quedó en los recipientes ni una sola gota de tinta. Simmons estaba helado de asombro.

A continuación, el joven tiró los tinteros a su espalda y se encaminó hacia la puerta.

Era de cristal en sus dos tercios. Rafferty cerró con tal golpe que el cristal saltó con tremendo estrépito. Simmons, manchado de tinta de dos colores, de pies a cabeza, pegó un gran salto en su asiento.

Rafferty se asomó por el hueco que había quedado y le sacó la lengua.

—¡Brrr...! —Hizo, como despedida, porque estaba seguro que, después de aquello, había perdido ya su empleo.

Pero si no lo hubiera hecho, se habría considerado un cobarde durante el resto de sus días.

CAPÍTULO II

Hart Rafferty contempló detenidamente una de las fotografías que tenía ante sus ojos.

Era la del atracador de la víspera.

Se llamaba Loggo Raymond —¡vaya nombrecito!— y vivía en Moon Street, 147.

Pero no se lo dijo al sargento Feneran y continuó pasando las hojas del libro de fotografías de maleantes habituales.

Rafferty tenía sus propios planes al respecto. Dos planes, mejor dicho.

Pero no sabía cuál de los dos poner en ejecución.

Visitar al ladrón y pedirle el dinero, por supuesto. La mitad para él o...

O todo el dinero robado y entregárselo a Simmons, para demostrarle que era algo más que un vulgar cajero de Banco.

La primera parte no le seducía en exceso. Chocaba con su innata honradez.

Pero también era cierto que había perdido el empleo y que se había quedado sin un solo centavo... bueno, tenía trescientos dólares ahorrados. Sus ahorros le durarían un mes, dos, como máximo, estirándolos todo lo posible.

Y si devolvía el dinero, Simmons le devolvería el empleo. Y tal vez le aumentase el sueldo. Sin descuentos, claro.

—Lo siento —dijo al cabo de una hora—. No encuentro al atracador entre estos hombres.

El sargento Feneran suspiró. Estaba acostumbrado a cosas por el estilo.

—¡Qué se le va a hacer! —suspiró—. Gracias por su colaboración, señor Rafferty.

—A usted —contestó el joven, amablemente. «No sabes cuán agradecido estoy», pensó.

Salió a la calle. Hacía un sol radiante.

El mismo sol le alumbraba a él y a Simmons. ¡Qué amarga ironía! Simmons merecía vivir en una cueva bien profunda, en perpetuas tinieblas, contando billetes en cantidades ilimitadas, sí, ¡pero sin verlos jamás!

—Si Dante le hubiese conocido, ése habría sido el castigo que le hubiese impuesto en su *Divina Comedia* —se dijo, mientras caminaba con paso normal por la acera.

Debía estirar el dinero. No podía malgastarlo en un taxi.

Media hora después llegaba a Moon Street.

Allí vivía Loggo Raymond, un maleante que se había sentido de pronto inclinado a hacer algo más que robar carteras y asaltar casas de campo deshabitadas.

Subió las escaleras lentamente. Era una casa vieja y descuidada, el sitio en donde podía esperarse que viviera un sujeto como Raymond.

Llegó al tercer piso. En el rellano se cruzó con una hermosa joven.

Rafferty no la había hablado en su vida, pero la reconoció al instante. Era Fanny Skowil, la presentadora de la TV local.

Tratábase de una muchacha de unos veintidós años, silueta esbelta, ojos claros y pelo castaño dorado, muy bien peinado. Fanny vestía sencillamente, pero con gran elegancia.

Rafferty se preguntó qué podía hacer en aquella casa una muchacha como Fanny, cuya distinción le había ganado el sobrenombre de *Milady* por parte de los televidentes. Fanny encajaba en el viejo caserón tan bien como un trozo de carbón en un pastel de bodas.

Ella pasó por su lado, despidiendo un tenue perfume, muy agradable de oler. Inclino graciosamente la cabeza en señal de saludo y se dirigió hacia la escalera.

El taconeó de la muchacha se perdió rápidamente.

Entonces, Rafferty hinchó el pecho y se dispuso a llamar a la puerta de Raymond.

No llegó a hacerlo. Estaba abierta.

Era una pequeña rendija, pero suficiente para darse cuenta de lo

descuidado que era el ocupante del piso. «Mejor para mí», pensó el joven.

Empujó la puerta. La casa olía mal. Falta de ventilación y alimentos dejados fuera del frigorífico.

Cerró a sus espaldas. Un silencio extraño le envolvió.

—¡Raymond! —llamó.

El silencio continuó, apenas se hubieron extinguido los ecos de su voz.

Dejó atrás el sucio vestíbulo y se asomó a un dormitorio. Raymond estaba sobre el lecho.

Rafferty lo contempló durante unos instantes, mientras sentía latir aceleradamente su pulso. Cerró los ojos un poco y los volvió a abrir.

Se comprendía fácilmente que Raymond no hubiese contestado a su llamada. Estaba muerto.

Un tiro en medio de la frente. El orificio de la bala no dejaba lugar a dudas. La sangre que había brotado de la herida, estaba seca ya.

Dominando sus aprensiones, Rafferty se acercó al lecho. Pudo darse cuenta de que la habitación estaba en el más completo desorden.

Los cajones de la cómoda aparecían fuera y su contenido, en su mayor parte, esparcidos por el suelo.

Alguien había estado allí antes que él. ¿Quién era?

Ni siquiera se molestó en registrar el piso. Tenía la seguridad de que el asesino se había llevado el botín después de matar a Raymond.

Un billete caído en el suelo, que asomaba una punta por entre el maremágnum de ropas tiradas y esparcidas de cualquier modo, le confirmó en sus suposiciones.

Se inclinó y recogió el billete. No cabía la menor duda; pertenecía a los que el atracador se había llevado el día anterior del Banco.

Lo dejó de nuevo donde lo había encontrado. No quería que, si se lo encontrasen encima, llegaran a sospechar algo turbio de él.

Decidió retirarse. Cuanto antes se marchara de aquel lugar, mejor.

Avisaría a la policía desde cualquier teléfono público. Uno,

desde el cual poder escapar rápidamente, antes de ser reconocido por algún testigo inconveniente.

De pronto, percibió en el ambiente un perfume que había olido anteriormente. Su cuerpo se puso rígido como un poste de telégrafos.

¡Fanny Skowil había estado allí!

¿Era la asesina?

No parecía probable, ya que la sangre del cadáver estaba seca, lo cual demostraba que Raymond había muerto horas antes.

En tal caso, ¿a qué había ido Fanny a casa del ladrón?

No era de su incumbencia, se dijo. A él, lo que más le interesaba era escapar cuanto antes del lugar del crimen. La lástima era no haber podido recuperar el dinero.

Dio un paso hacia atrás. Su tacón pisó un objeto duro, que cedió un poco, sin embargo, con ligero crujido de protesta.

La curiosidad le hizo bajar la vista. El objeto estaba cubierto por una camisa arrojada de cualquier manera al suelo.

Apartó la camisa y cogió la pitillera de platino, con iniciales de diamantes, que estaba aplastada en una de las esquinas por el pisotón.

Valía mucho dinero, se dijo. Tal vez lo que él ganaba en un año. ¿Quién se permitía unos lujos semejantes?

Las iniciales se lo dijeron al instante: ¡Fanny Skowil!

Permaneció unos momentos meditabundo, en la puerta del dormitorio. Ahora ya no le cabía la menor duda de que Fanny había estado allí. Podía alegarse que lo del perfume era una mera coincidencia, muy extraña por otro lado, pero las iniciales de la pitillera no dejaban ya lugar para más casualidades.

Tras unos segundos de vacilación, acabó por echarse la pitillera al bolsillo. Luego procuró recordar los lugares donde había posado sus manos y borró cuidadosamente sus huellas dactilares.

Salió de la casa. Diez minutos después, en una calle alejada, avisó a la policía.

Por la tarde, estuvo contemplando la televisión. Fanny Skowil terminaba su labor en la emisora a las once de la noche.

No sabía el domicilio de la joven. No figuraba en la guía telefónica. Rafferty suponía que Fanny tenía un número secreto, a fin de evitar intempestivas llamadas de sus numerosos admiradores.

Pero un hombre medianamente inteligente, podía averiguar ciertas cosas con facilidad. Le bastó hacer una llamada a la emisora, simulando ser el dueño de una tienda de flores, que debía enviar un obsequio a la muchacha. Era verdaderamente lamentable que la nueva dependienta, una muchachita algo descuidada, hubiese perdido la tarjeta que debía acompañar al ramo de flores. Si fuesen tan amables de facilitarle las señas de la señorita Skowil, a fin de cumplimentar el encargo de un cliente admirador...

A las once menos diez, apagó el televisor y salió a la calle.

Fanny llegó a su casa treinta minutos después. Rafferty la esperaba en la puerta y se descubrió cortésmente al verla llegar.

—¿Señorita Skowil?

Ella le miró con suspicacia. Después de todo, no era muy corriente que un supuesto admirador la esperase en la puerta de su apartamento a una hora tan intempestiva.

—Sí —contestó ella al cabo, con la voz bien timbrada, que agradaba a tantos televidentes masculinos—. Yo misma, señor...

—Rafferty, Hart Rafferty —se presentó el joven—. Necesito hablar con usted, señorita.

—Ésta no es una hora muy apropiada —contestó ella con despego—. Estoy cansada y...

—Seré breve, *Milady* —dijo Rafferty, aplicándole el apodo con que todo el mundo conocía a la muchacha—. Le aseguro que no trato de causarle ningún daño ni tampoco de venderle un aspirador de polvo.

—A pesar de todo, insisto en que se vaya. Por favor, no me haga recurrir al conserje nocturno —amenazó Fanny.

—No lo hará —dijo él con suficiencia.

—¡Qué insolente! —exclamó la muchacha—. Ahora mismo va a verlo.

Y se dirigió rectamente hacia la escalera.

—Después de llamar al conserje —dijo Rafferty reposadamente—, llame también a la policía. Les gustará saber qué hacía usted a mediodía en el domicilio de un sujeto llamado Loggo Raymond, asesinado de un balazo.

Fanny se detuvo en seco.

Permaneció así unos segundos, vuelta de espaldas al joven. Luego giró sobre sus talones y se encaró con él.

—¿Qué es lo que desea, señor Rafferty? —preguntó.

Su cara tenía una blancura espectral.

Rafferty señaló la puerta del apartamento.

—Adentro, por favor —sonrió. Estaba asombrado de sí mismo, de su pasmosa tranquilidad—. El corredor es mal sitio para una conversación confidencial.

Fanny vaciló todavía unos segundos. Al fin abrió el bolso, sacó la llave de la puerta y la insertó en la cerradura.

CAPÍTULO III

El apartamento era pequeño, pero estaba decorado con exquisito gusto. Era la clase de vivienda que se podía esperar fuese ocupada por una muchacha tan distinguida.

Fanny estaba nerviosa. Saltaba a la vista.

Se dirigió a un aparador con servicio de licores y tomó un frasco de cristal tallado.

—¿Quiere beber algo, señor Rafferty? —invitó secamente.

—Una copa nunca viene mal —sonrió él—. Brandy, por favor, si tiene.

—Claro que tengo —contestó Fanny. Le entregó la copa y Rafferty se arrellenó cómodamente en un sillón.

—Hoy estuvo usted en casa de Loggo Raymond —dijo él.

—Sí —admitió Fanny de mala gana—. Pero Raymond estaba ya muerto cuando yo llegué.

—Es posible que convenza a otros. A mí, no —declaró el joven calmosamente. Acercó la nariz a la copa—. Este *brandy* huele magníficamente. —Lo probó ligeramente—. Su sabor corresponde con el *bouquet*, lo cual demuestra que tiene usted un gusto exquisito, señorita Skowil.

—Acabemos de una vez —dijo Fanny, llena de impaciencia—. ¿Qué es lo que quiere?

—Siete mil quinientos dólares —replicó Rafferty sin vacilar.

La muchacha se sobresaltó...

—¡Siete...! ¡Está loco! —dijo en tono irritado.

—No. He dicho siete mil quinientos y no rebajo un solo centavo.

—¿De dónde cree que voy a sacar una suma semejante? —protestó ella indignadamente—. ¿Cree que mi sueldo, aun siendo bueno, da para ahorrar tanto en año y medio que llevo en la

televisión?

—No, claro, pero yo no he dicho que me de usted esa suma de sus ahorros, sino del dinero que se llevó este mediodía, o a la madrugada, de casa de Raymond. Exactamente, siete mil quinientos dólares —insistió Rafferty con tenacidad.

—¿Cómo? ¿Piensa que yo robé ese dinero a Raymond? —exclamó ella, visiblemente sorprendida.

Para el joven, Fanny estaba desempeñando una comedia.

—Escuche —dijo, perdiendo la sonrisa—. Ayer mismo, Raymond asaltó un Banco y se llevó siete mil quinientos dólares. No me importa lo que haya ido a hacer usted a su casa y, si apuramos un poco la cosa, tampoco me importa si lo mató o no.

Se puso en pie bruscamente.

—Pero yo era el cajero del Banco robado y quiere devolver ese dinero, ¿me ha comprendido usted, *Milady*?

—De modo que Raymond le robó esos miles de dólares y usted quiere recuperarlos.

—Exactamente.

—Pero yo era el cajero del Banco robado y quiero detestó de nuevo la muchacha.

—Está mintiendo magníficamente —declaró Rafferty—. Claro que su experiencia ante las cámaras de televisión le sirve mucho para el papel que desempeña, pero a mí no me engañará. ¡Vamos, el dinero o llamo a la policía!

—Llámela si quiere —dijo ella, indicándole el teléfono—. No conseguirá probar que yo estuve en casa de Raymond.

Rafferty sonrió con aire de suficiencia. Metió la mano en el bolsillo y sacó la pitillera.

—La encontré en la habitación del muerto —dijo.

Fanny perdió el color. Rafferty la observaba atentamente.

De pronto, Fanny alargó la mano y quiso cogerle la pitillera. Rafferty dio dos pasos atrás y puso la mano atrás.

—¡Oh, no, no! —dijo—. No hay pitillera sin dinero.

—Usted, lo que quiere es quedarse con el botín —dijo la muchacha.

—No me importa cómo piense; lo que quiero es el dinero. O me voy a la policía y le cuento lo que sé.

Durante unos momentos reinó en la estancia el más profundo

silencio.

Rafferty miraba a la muchacha. Ella parecía a punto de romper en llanto.

—No tengo ese dinero... —gimió.

Rafferty se encaminó hacia la puerta.

—Sus relaciones con Raymond no me interesan en absoluto —dijo fríamente—. Le doy veinticuatro horas para que encuentre el dinero...

Sacó una tarjeta de visita y la depositó sobre una consola que había junto a la entrada.

—Éste es mi domicilio. Mañana, después de su última actuación en la televisión, termina el plazo. Eso es todo. Buenas noches, señorita Skowil.

Y salió, sin que ella hubiese despegado los labios.

Le dolía tener que hacer una cosa semejante, pero se creía obligado a ello.

Devolvería el dinero. Se lo refrotaría a Simmons por las narices. Luego le exigiría que le devolviese su puesto, con el aumento de sueldo, por supuesto. Y si se negaba a ello, haría pública la historia.

A los periodistas les encantaría publicar un relato semejante. La gente se inclinaría del lado del más débil, del valeroso cajero que, habiendo sido robado, había sabido recuperar el dinero a él confiado.

Simmons no querría tolerar una cosa semejante, no le gustaría que los periódicos hablasen de su avaricia. Sería una pésima propaganda para su Banco.

Empleados fieles, pero mal pagados; propietario codicioso y explotador, ¿qué más querían los periodistas?

Simmons claudicaría. Pero antes, Fanny tenía que devolver los siete mil quinientos.

O entregaría la pitillera a la policía y que ella cargase con las consecuencias.

Llegó a su casa. Eran más de las doce, pero tenía visita.

Dos hombres a quienes no había visto en su vida y que habían penetrado en su piso usando, seguramente, una llave falsa.

Uno de ellos era alto, de aspecto un tanto distinguido, vestido con toda corrección. El otro parecía un hampón.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó recelosamente.

Por toda respuesta, el hampón disparó su puño contra el joven. Rafferty sintió que algo explotaba en su mandíbula y cayó de espaldas.

El joven perdió el conocimiento. Lo recobró minutos más tarde, cuando le arrojaron sobre la cara el contenido de una jarra de agua.

Miró turbiamente a la pareja. El rufián le agarró por las solapas del traje y le hizo incorporarse a viva fuerza.

—¿Dónde está?

Rafferty sacudió la cabeza.

—¿Dónde está... qué? —balbuceó.

—¡El dinero, idiota!

—Pero, no sé de qué me está hablando...

—Siete mil quinientos, imbécil. ¿Dónde los has escondido?

Rafferty se preguntó cómo habían llegado los individuos a semejante conclusión. Miró al hombre de aspecto distinguido y lo vio a un lado, fumando con aire lleno de placidez, como si todo lo que estaba sucediendo no fuera con él.

—Yo no tengo ningún dinero...

El puño del rufián le tapó un ojo. Rafferty gritó.

Algo contundente le golpeó el estómago. Se dobló sobre sí mismo.

Una mano le agarró por los cabellos, obligándole a incorporarse. De nuevo recibió el impacto del puño de su oponente.

Esta vez fue la nariz. Rafferty creyó que se la habían aplastado con una maza.

Cayó de espaldas, gimiendo de dolor. La puntera de un zapato le golpeó el costado dolorosamente.

—El dinero, tonto —gritó el rufián.

—No lo tengo... no lo tengo...

El forajido dio un paso atrás. Sacó una pistola.

—Si no me dices dónde está la «pasta», te mataré —amenazó.

El hombre distinguido habló de pronto.

—Al —dijo—, ¿te has preocupado siquiera de registrarle?

—Tienes razón —convino el rufián—, levántate, idiota.

Rafferty obedeció, a costa de no pocos esfuerzos. La nariz le sangraba profusamente y trató de contener la hemorragia con un pañuelo.

—Vuélvete —le ordenaron.

Obedeció. Unas manos le palparon las ropas con habilidad.

—No tiene el dinero encima —gruñó Al—. Abultaría demasiado y... ¿Qué es esto?

Al metió la mano en el bolsillo derecho del indefenso joven y sacó la pitillera.

—Fíjate, Cosmo —dijo.

El hombre distinguido tomó la pitillera.

—Muy notable —dijo, con amplia sonrisa—. Nos la quedamos.

—Ustedes no pueden... —Intentó protestar Rafferty.

—Vamos, calla ya, especie de bestia —gruñó Al—. ¿Lo liquido? —preguntó.

Hubo una pausa de silencio. Rafferty empezó a rezar.

«¿Se oye el disparo cuando a uno le pegan un tiro en la nuca?», se preguntó.

—No —dijo Cosmo al fin—. Es evidente que él no tiene el dinero. Pero tal vez la pitillera nos conduzca al sitio donde podamos recuperarlo. Dale una ración de sedante, Al.

—Con mucho gusto.

Rafferty sintió que algo estallaba detrás de su oreja. Empezó a caer hacia adelante, pero no se enteró del choque de su cuerpo contra el pavimento.

Sonó el timbre de la puerta.

Rafferty se puso un batín y abandonó el lecho. Todavía le dolían todos los huesos de su cuerpo a consecuencia de los golpes recibidos veinticuatro horas antes.

Se miró al espejo antes de salir.

El ojo izquierdo aparecía negro y la nariz estaba todavía hinchada. Caminaba con dificultad, a consecuencia de uno de los brutales patadones que Al le había asestado.

Abrió la puerta. La esbelta silueta de Fanny Skowil se dibujó bajo el dintel.

—Hola —dijo ella, muy seria.

Fanny traía un bolso, que sujetaba con ambas manos contra su pecho.

—¿Puedo pasar? —preguntó, tras breve pausa.

—Puede... pero creo que está perdiendo el tiempo —rezongó Rafferty.

La joven cruzó el umbral. Su rostro aparecía alterado.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

Rafferty cerró la puerta. Se enfrentó con ella.

—Siento tener que decirle que ya puede guardarse los siete mil quinientos dólares. Honradamente, no podría aceptárselos... ahora.

—Es una actitud muy distinta de la que observó anoche —dijo ella—. ¿Qué le sucede?

—Se me llevaron la pitillera.

El silencio se abatió sobre la estancia.

—No es verdad —musitó ella.

—Lo siento —dijo Rafferty—. Míreme la cara, *Milady*.

Ella le contempló extrañada.

—¿Quién le ha golpeado? —preguntó.

—Anoche, después de separarme de usted, vine a casa. Me esperaban dos tipos, con la pretensión de que les devolviese el dinero que suponían había de tener yo. Me golpearon a placer y me registraron, sin que yo pudiese oponerme. Uno de ellos encontró la pitillera y...

Fanny se dejó caer sobre un sillón, pálida como un difunto.

—¡Dios mío!

—¿Quiere una copa? —ofreció él.

Fanny movió la cabeza afirmativamente. El licor no mejoró su aspecto.

Tenía los ojos húmedos por las lágrimas.

—Traía el dinero —dijo—, pero eso es lo de menos... ¡Si usted supiera lo que he tenido que prometer para conseguirlo!

Rafferty se sintió profundamente avergonzado.

—Todo fue una cabezonería mía —dijo—. Devuelva el dinero y rompa la promesa.

—No creo que pueda hacerlo —respondió Fanny.

—¿Por qué?

—No me obligue a hablar —dijo ella, dominándose con visible esfuerzo—. Bastante...

Y se calló.

—Repito que lo siento —murmuró Rafferty—. Me gustaría compensarla en alguna forma.

—Usted no podría —declaró la muchacha—. De todas formas...

—Se mordió el labio inferior—. ¿Quiere el dinero para devolverlo? —ofreció sorprendentemente.

—No —rechazó Rafferty tras breve reflexión—. No sería honesto, dado el trato que hicimos... si se le puede llamar trato. Yo sólo quería quedar bien delante de mí superior, demostrarle que había sabido recuperar el dinero, pero si no puedo entregarle la pitillera, no aceptaré tampoco el dinero. —Se encogió de hombros—. ¡Que se lo pague el seguro!

Fanny sonrió débilmente.

—Así, pues, se encuentra en un apuro —dijo.

—Todo el apuro que significa haberse quedado sin empleo. ¿Sabe lo que me dijo el señor Simmons? Me subió el sueldo, para descontármelo durante ciento veinticinco meses y cobrarse así la suma sustraída, por lo menos hasta que el seguro se la rembolsara. Entonces le vertí encima dos tinteros llenos de tinta roja y negra. Parecía un indio en el sendero de la guerra.

Olvidando sus propias preocupaciones, Fanny rió alegremente. A Rafferty le encantó captar el sonido de aquella risa que parecía cristal.

—Me hubiera gustado presenciarlo —dijo al cabo.

—Además, rompí el cristal de su puerta y le saqué la lengua. ¡El muy avaro! ¿Sabe lo que me dijo hace una semana, cuando le pedí aumento de sueldo?

—Que era pobre o algo por el estilo.

—No. Dijo que no me subía el sueldo, para que no adquiriese vicios que luego no podría sufragar y así no sentiría más adelante la tentación de robar dinero de la caja.

—¡Qué indignante! ¡Tipos así merecerían ir a presidio!

—¿Verdad que sí, *Milady*? Pero ahí lo tiene usted, tan campante y tan forrado de millones... y negándole a un pobre empleado quince dólares más a la semana.

—Ojalá le visiten un día «Los Cinco Muñecos» —deseó Fanny.

—Se lo merecería.

La risa se borró de pronto de los labios de Fanny.

—Pero yo no tengo la pitillera —dijo acongojadamente.

Rafferty la miró de frente.

—Ya le dije ayer que no me importan sus relaciones con Raymond, *Milady*, pero, dígame una cosa, ¿lo mató usted?

—¡No!

La respuesta poseía una rotundidad convincente.

—Eso me basta —dijo Rafferty—. Callaré y no diré nada de lo que encontré allí. A fin de cuentas, también yo puedo pasar mis apuros si se descubre que fui a visitar a Raymond.

—¿Por qué? Estaba ya muerto...

—Pero podrían alegar que fui a pedirle una parte de su botín. Dirían que me puse de acuerdo con él para dejarme atracar.

—Es cierto —convino ella en tono apesadumbrado.

De nuevo volvió el silencio.

—*Milady*, se me acaba de ocurrir una idea —dijo él súbitamente.

Fanny le miró esperanzada.

—Hable, por favor.

—Trataré de averiguar la identidad de los dos tipos que vinieron a visitarme. Oí sus nombres, aunque no los apellidos. Si consigo saber quiénes son, rescataré la pitillera.

—¿Recuerda usted qué aspecto teman? —preguntó ella.

Rafferty hizo la descripción de los dos sujetos.

—El hombre distinguido se llamaba Cosmo. El otro, Al —concluyó.

Fanny se mordió los labios con aspecto pensativo.

—No conozco a ninguno —dijo—, pero si averiguo algo, se lo diré inmediatamente.

—Yo investigaré por mí cuenta. —Rafferty se tocó la nariz hinchada—. Y le aseguro que me cobraré los golpes recibidos.

Fanny se puso en pie.

—Es tarde ya —manifestó.

—Un momento, *Milady*. Deme su número de teléfono, ¿quiere?

—Claro —sonrió la joven—. Me imagino que habrá buscado en la guía sin encontrarlo. ¿Cómo averiguó mi domicilio?

Rafferty se lo explicó. Fanny volvió a reír.

—No hay duda de que tiene usted cualidades detectivescas. —Le tendió su mano, cálida y fina—. Trataré de encontrar a esos dos sujetos.

—Pero no corra ningún riesgo, *Milady*. —Rafferty hinchó el pecho—. Déjelos para mí, por favor.

Ella sonrió. Al quedarse solo, Rafferty dio unas zapatetas de contento.

Pero de pronto, la pierna le dolió. Y luego se acordó de que era un hombre sin trabajo y con sólo trescientos dólares por todo

capital.

CAPÍTULO IV

El teniente Dogson vino a buscar a Rafferty a la mañana siguiente y se lo llevó a la *morgue*.

Un empleado sacó el cajón frigorífico donde estaba el cuerpo de Raymond.

—¿Lo reconoce usted? —preguntó Dogson.

Rafferty contempló en silencio la cara del hombre que le había robado los siete mil quinientos dólares.

¿Debía decir la verdad?

Se trataba de un asesinato. El dinero robado carecía de importancia ante la urgencia de encontrar al criminal.

—Sí, es el mismo —confesó al cabo—. ¿Por qué lo mataron?

—Supongo que por una disputa en el reparto del botín —contestó Dogson con indiferencia—. Encontramos un billete de veinte dólares en su dormitorio, que procede del atraco.

—El vino sólo a mí ventanilla. Yo no vi ningún cómplice.

—Tal vez se trata del que le esperaba afuera, con un coche preparado para la huida.

—Es posible —admitió el joven—. ¿Necesita algo más de mí?

El teniente Dogson escrutó el rostro de Rafferty. El joven soportó pacientemente el examen.

La nariz había recobrado un aspecto casi normal. El ojo continuaba todavía morado.

—Eso es todo, señor Rafferty, muchas gracias —habló al fin Dogson.

Rafferty regresó a su casa.

Durante todo el día esperó pacientemente raía llamada de Fanny, que no se produjo finalmente. Decepcionado, se fue a acostar.

Por la mañana, apenas despertó, se dio cuenta de que el viejo dicho «consultar con la almohada» había sido realidad en su caso.

Sabía cómo dar con, al menos, uno de los dos sujetos que se habían llevado la pitillera. Debiera habersele ocurrido antes, se reprochó.

Vistióse rápidamente. Desayunó y se encaminó a la jefatura de policía, en donde solicitó hablar con el sargento Feneran.

Momentos después era introducido en el despacho de Feneran. Éste le saludó amablemente.

—¿Viene a propósito de la muerte de Raymond, señor Rafferty?
—preguntó el policía.

—Oh, no —contestó el joven—. Mi asunto no tiene que ver nada, esta vez, con aquel desdichado. Se trata de que esta mañana, en el autobús, me han robado la cartera.

—Lo siento —dijo Feneran—; yo no estoy encargado de esa clase de robos...

—Me lo imagino, pero es usted el único, aparte del teniente Dogson, a quien conozco en la jefatura —sonrió Rafferty—. Verá, viajaba un tipo en el autobús, que no hacía más que empujarme con el periódico y metérmelo por las narices.

—Sí, es un truco archisabido —convino Feneran con una sonrisa.

—Le vi la cara un par de veces. La última, tuve que pedirle que se apartase un poco. Casi enseguida se detuvo el autobús y él se apeó. Dos paradas más adelante, noté que me faltaba la cartera... pero cualquiera le daba alcance ya.

—Desde luego —dijo Feneran—. Supongo que lo que quiere usted es ver nuestro álbum fotográfico.

—Bien, si no tiene inconveniente... —sonrió Rafferty.

Minutos después, el joven se enfrentaba con el enorme libraco que ya había hojeado más de una vez.

Una hora más tarde se llevaba una gran sorpresa, aunque creyó poder disimularla. Al no figuraba en el libro, pero sí Cosmo. Y para mayor asombro, con su verdadero nombre y apellidos: Cosmo Plynne. La ficha indicaba también su último domicilio.

Naturalmente, Rafferty se abstuvo de decir nada acerca de Plynne. Pasó cuatro páginas más y señaló uno que le pareció un pobre diablo.

—Éste es —dijo.

Si le encontraban, lo soltarían cuando se convenciesen de que no había robado ninguna cartera. Le pedirían explicaciones, diría que se había confundido y...

—Muy amable, señor Rafferty —dijo el sargento—. Pasaré su informe apenas tenga ocasión y haremos todo lo posible para recobrar su cartera. ¿Tenía mucho dinero?

—Oh, no, unos cuarenta dólares solamente. Pero soy un empleado, es decir —se corrigió el joven con una sonrisa—. Lo era. Me despidieron del Banco.

—¿Por qué?

—Tuve una discusión con mi principal y acabé vaciándole dos tinteros sobre su cabeza.

Feneran se echó a reír.

—Le estuvo bien merecido —dijo.

Rafferty se despidió del policía a poco y salió a la calle. En su memoria estaba grabada indeleblemente la dirección de Cosmo Plynne.

Se metió en un bar y pidió una taza de café. Reflexionó durante algunos minutos y, al fin, llegó a la conclusión de que la hora más apropiada para visitar a Plynne sería el final del día.

Pero antes debía informar a Fanny. Aunque sólo fuera por escuchar su voz.

Buscó el teléfono y depositó una moneda en la ranura. Fanny se acostaba un tanto tarde. Presumía que podría encontrarla en su casa todavía.

Efectivamente, poco después, oía la voz de la muchacha.

—Soy Rafferty —dijo—. ¿Qué tal, *Milady*?

—¡Oh, qué sorpresa! —exclamó ella—. ¿Ha averiguado algo? Yo no he conseguido saber nada todavía, señor Rafferty.

El joven se pavoneó como si la tuviera delante.

—Yo, sí —contestó con voz orgullosa—. Sé el domicilio del llamado Cosmo. Y también su nombre completo.

—¡Eso es magnífico, Hart! ¿Cómo lo ha conseguido?

—No conviene que se lo diga por teléfono. Ya iré a verla esta noche, cuando salga usted de la emisora y le contaré todo lo que ha pasado... y lo que pasará.

—¿Irás usted a hablar con Cosmo?

—¡Naturalmente! Cada vez que me miro al espejo... Bien, eso es lo de menos ahora. Lo que me importa es recuperar la pitillera.

—Hart —dijo ella.

—¿Sí, *Milady*?

—¿A qué hora va a ir usted a casa de Cosmo?

—A la noche... las nueve o las diez. Me parece que será el momento más oportuno.

—Venga a buscarme a las ocho y media. Yo iré con usted.

—¡Señorita Skowil! —exclamó él, sorprendido.

—Por favor, Hart. ¿Vendrá?

El joven vaciló un instante.

—Está bien; si usted lo quiere. Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, Hart.

—¿Devolvió usted el dinero?

—Sí.

Rafferty respiró profundamente.

—Me alegro, *Milady*.

—Gracias, Hart.

—No sabe cuánto siento que se viera obligada a hacer... ciertas promesas por mí culpa. Ahora veo que no era tan importante recuperar un dinero que no era mío. Pero la pitillera sí me interesa más.

—Se lo agradezco infinito, Hart. Hasta luego.

—Adiós, *Milady*.

El joven colgó, bastante satisfecho del giro que tomaban los acontecimientos. Sí, a la noche vería a Cosmo y le arrancaría la pitillera fuese como fuese.

Llegó a casa de Fanny a la hora indicada. Ella le esperaba ya.

—Me alegro de verle, Hart —dijo Fanny, sonriendo.

—Oiga —exclamó él—, ¿no tiene que trabajar usted hoy ante las cámaras?

—Avisé que me encontraba indispuesta —contestó ella, guiñándole un ojo—. ¿Vamos?

—En marcha —contestó él alegremente.

Fanny se cogió de su brazo. Para Rafferty, aquel gesto fue casi como sentirse en el séptimo cielo.

Al llegar a la calle vio que la muchacha se encaminaba hacia un

magnífico descapotable blanco que estaba parado junto a la acera.

—¿Es suyo el coche? —preguntó.

—Sí. —Fanny se volvió para mirarle, un tanto sorprendida—. Gano un buen sueldo en la televisión —añadió envaradamente.

—No quise decir nada malo —contestó él—. Sólo que me parece un coche demasiado conspicuo para ir a casa de Cosmo. Tendremos que dejarlo estacionado en algún sitio, alguien verá que nos apeamos de él... No, un taxi será mucho más discreto.

Fanny suspiró.

—Tiene usted razón, Hart. Sigo opinando que posee usted unas magníficas cualidades detectivescas.

Caminaron unos metros por la acera, hasta divisar un taxi. El vehículo les dejó a ciento cincuenta metros del domicilio de Cosmo Plynne.

—Este vive en un sitio más elegante que Raymond —observó el joven, mientras se dirigían hacia el portal de la casa.

Y se preguntó cómo era posible que un hombre como Cosmo viviese en un sitio conocido por la policía.

Tal vez era porque los policías no tenían nada últimamente contra él y no había considerado oportuno cambiar el domicilio.

El ascensor les llevó hasta el sexto piso. Salieron al corredor y caminaron unos cuantos pasos, hasta llegar al apartamento del sujeto a quien buscaban.

Rafferty tocó el timbre, sin recibir la menor respuesta.

—Insista —dijo Fanny.

La puerta permaneció cerrada.

—¡Qué diablos! —Gruñó el joven. Y asió el pomo.

Para sorpresa suya, la puerta no estaba cerrada con llave. La empujó y dejó que pasara Fanny.

Un olor *sui generis* asaltó su pituitaria casi en el acto.

Fanny también lo notó.

—¡Qué olor tan extraño! —comentó la muchacha.

Rafferty aspiró el aire un par de veces. De pronto creyó haber dado con la solución.

—¡Es pólvora! —exclamó.

Fanny le miró asombrada.

—¡Cielos, Hart! ¿Está seguro?

El joven se lanzó hacia adelante con repentino ímpetu. Atravesó

el saloncito y se detuvo ante una puerta entreabierta.

Divisó un bulto tendido en el suelo a través de la ranura. Extendió una mano.

—No se acerque, Fanny. Es Cosmo... y creo que está muerto.

La muchacha ahogó una exclamación de espanto. Rafferty abrió con precaución, procurando no dejar huellas dactilares.

Era Cosmo Plynne, en efecto. Había recibido el balazo en una región distinta a la de Raymond, pero los efectos habían sido idénticos: mortales de necesidad.

CAPÍTULO V

La habitación estaba en orden, no así el traje del muerto, lo cual indicó a Rafferty que el asesino no había tenido tiempo de registrar el apartamento.

Un sudor frío cubrió súbitamente su frente.

—Fanny —dijo.

—¿Sí, Kart? —contestó ella con voz no muy segura.

Rafferty retrocedió un par de pasos. Ella vio que estaba muy pálido.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—¡Silencio, por Dios! —aconsejó él, hablando en voz baja—. Es posible que el asesino esté todavía en la casa.

La muchacha se estremeció. El olor a pólvora significaba que el disparo fatal se había efectuado no hacía mucho.

Rafferty la agarró por un brazo. Miró en torno suyo, buscando un arma que pudiera servirle tanto para el ataque como para la defensa. Al fin la encontró. Era una estatua de metal que representaba a una deidad griega.

Rafferty agarró la estatuilla por las piernas. El asesino debía haber sido sorprendido por su llamada, segundos después de haber hecho su disparo. Por tanto, se encontraba aún en la casa.

Quería permanecer escondido, pero si le veían, los mataría para no dejar detrás de sí testigos comprometedores.

Era evidente que se trataba del mismo individuo que había dado muerte a Raymond. Los motivos no estaban muy claros, pero saltaba a la vista que tenían relación con el asesinato del atracador.

Al otro lado divisó una puerta entreabierta. Caminó sigilosamente, blandiendo la estatua y dispuesto a usarla como maza a la menor señal de peligro.

Fanny le observaba con suma atención, con los nervios tensos. De pronto, Rafferty pegó una patada a la puerta y se situó a un lado.

El cuarto de baño quedó a la vista. Rafferty se asomó precavidamente.

La ventana estaba abierta de par en par.

—Ha escapado —dijo el joven, con no poco alivio por su parte.

Se asomó a la ventana, que daba a un patio interior. Al pie de la misma, corría un saliente de treinta cents metros de ancho, a todo lo largo de la fachada. Había una ventana a dos metros, que aparecía también abierta.

Se volvió hacia la muchacha.

—Seguro que pasó al apartamento contiguo —opinó—. Y ya está de sobras en la calle, así que no podemos soñar siquiera en perseguirle.

Fanny lanzó un gran suspiro.

—He pasado un miedo espantoso —confesó.

—Nos habría dado muerte, de no haber tenido otra escapatoria —dijo Rafferty, mientras depositaba la estatua en el mismo sitio donde la había encontrado.

Y a continuación la limpió cuidadosamente con su pañuelo, a fin de no dejar sus huellas dactilares.

—¿Qué hacemos ahora, Hart? —preguntó Fanny.

—Buscar. La pitillera tiene que estar aún en casa. No le dimos tiempo al asesino para registrar el apartamento.

Entró resueltamente en el dormitorio y, venciendo sus aprensiones, se arrodilló junto al cadáver, registrándole los bolsillos meticulosamente. Al terminar miró a la muchacha con aire consternado.

—No está —dijo.

—Tal vez la guarde en otro sitio de la casa —apuntó ella esperanzadamente.

—Quizá. Oiga, vamos a buscar los dos por sitios distintos. Procure dejar todo tal como está y cada vez que haya examinado un posible escondite, limpie sus huellas con todo cuidado. ¿De acuerdo?

—Sí, Hart.

El registro resultó infructuoso en la habitación del difunto.

Cuando estaba a punto de terminar, Rafferty oyó la voz de la muchacha que sonaba excitadamente.

—Hart, venga, pronto.

El joven acudió a la carrera, creyendo que ella había dado ya con la pitillera.

Se equivocaba. Fanny tenía en la mano otra cosa muy distinta.

—¿Qué es? —Inquirid, atónito.

—Eso es lo que me pregunto yo —respondió la muchacha, no menos desconcertada.

Rafferty tomó el objeto que sostenía la joven en alto y lo examinó con no poca curiosidad.

Tratábase de una máscara de goma, adaptable no sólo al rostro, sino también al cráneo. La máscara estaba muy bien hecha, incluso con cabellos naturales y representaba las facciones de un hombre de aspecto corriente.

—¡Ya lo sé! —exclamó él, tras unos minutos de profunda reflexión.

—Hable, pronto —pidió Fanny, invadida por la curiosidad.

—Cosmo era uno de «Los Cinco Muñecos».

—¡Qué! —dijo ella, sin aliento—. ¿Es posible?

—Vea la máscara, *Milady*. ¿No recuerda las informaciones que ha dado la Prensa acerca de los atracos de esos cinco bandoleros? Todos los testigos coinciden en que sus rostros carecían de expresión y de movimientos. Por eso les dieron semejante apodo... y por lo mismo, la policía ha deducido que utilizaban máscaras.

Fanny dirigió una aprensiva mirada hacia el dormitorio.

—Pero ¿qué tienen que ver «Los Cinco Muñecos» con Loggo Raymond? —preguntó.

—No lo sé —respondió él—. A mí me interesa mucho más su pitillera, Fanny.

—Se la habrá llevado el asesino. Cosmo la tendría encima y...

—Quizá nos quede otra posibilidad —expresó él—. Cosmo no fue solo a verme.

—¿Se refiere al otro hampón?

—Sí, Fanny.

—Pero no puede ir de nuevo a la policía a pedirle que le dejen ver una vez más el libro de fotografías.

—No lo haré, claro; además, y esto es lo más raro de todo,

Cosmo sí estaba fichado, en tanto que Al parecer estar «limpio».

—Eso quiere decir que no podremos encontrarle —dijo la muchacha desanimadamente.

Rafferty se mordió el labio inferior.

—Creo que tengo una pista, aunque tal vez muy pequeña —dijo de pronto.

—¿Sí, Hart? —murmuró Fanny ansiosamente.

—La careta —respondió él, levantándola en alto—. Vea su interior.

Le enseñó el membrete de la tienda donde había sido adquirida, estampado con un sello de tinta indeleble en la parte correspondiente a la nuca.

Fanny leyó en voz alta:

—Aarón Stein, Artículos Teatrales, 352, Chesnut Street. ¿Cree usted que Stein puede darnos la pista, Hart? —preguntó.

—Los bandidos compraron cinco máscaras, ¿no? Stein tiene que recordar al comprador a la fuerza.

—Es muy posible —convino ella—. ¿Se la llevará?

Rafferty vaciló.

—La policía anda buscando a «Los Cinco Muñecos». Vamos a darles una pista, pero nosotros nos anticiparemos al teniente Dogson. Es decir, yo, porque usted es muy conocida en la ciudad, y Stein podría recordarla más tarde, cuando los policías vayan a interrogarle.

—¿Cuándo piensa ir usted?

Rafferty meditó unos instantes.

—Mañana por la mañana, a las nueve en punto.

—Llámeme por teléfono en cuanto sepa algo, Hart.

—Se lo prometo, *Milady*. —Le entregó la máscara—. Guárdela en donde la encontró, pero limpie antes todas las huellas; la goma de la cara es lisa.

—Desde luego.

Un cuarto de hora más tarde, abandonaban la casa.

—Creo que sería conveniente que tomásemos algún bocado —dijo Rafferty—. Yo estoy sin cenar todavía. ¿Y usted?

—No sé si tendré apetito —vaciló la muchacha.

—Inténtelo —la animó él.

A pesar de todo, Fanny cenó bastante bien.

—¿No avisa a la policía? —preguntó al cabo de un rato.

—Si lo hiciese, se me anticiparían con Stein —contestó él—. Y eso no nos conviene en absoluto, porque la policía puede sacar a Stein de la cama y yo no, ¿comprende?

—Tiene razón —concordó ella.

Rafferty acompañó a la muchacha hasta su casa.

—La llamaré mañana —prometió de nuevo.

—Estaré esperándole —dijo Fanny, bastante preocupada.

El joven regresó a su casa.

Mientras se desvestía, se preguntó qué relaciones habrían unido a Fanny con Raymond.

¿Algún chantaje?

Era muy posible. Si la muchacha tenía algún episodio turbio en su vida pasada, no le convenía que fuese hecho público.

En tal caso, su carrera en la televisión quedaría arruinada. Pero ¿qué podía haber hecho Fanny de malo?

Tan dulce y tan hermosa...

De pronto se estremeció. ¿Y si, a pesar de todo, era la asesina de Raymond?

Podía haberle matado y perdido la pitillera en el primer encuentro. Luego, habría regresado a buscarla, sabiendo que si alguien la encontraba, podría constituir una prueba contra ella. Pero no había sabido hallarla o él había llegado demasiado oportunamente, impidiéndole una búsqueda concienzuda.

También cabía la posibilidad de que hubiese visto el desorden en que se hallaba el apartamento de Raymond. Aquello no lo había hecho una mujer, sino un hombre... dos, Cosmo y Al, los cuales buscaban los siete mil quinientos dólares que habían sido robados al «Simmons Trust».

Por cierto, ¿quién les había dicho que Raymond había robado el dinero? ¿Y quién les había dicho también que él había estado en casa del atracador?

Sé durmió antes de encontrar una sola respuesta satisfactoria para el cúmulo de problemas que le acosaban por todas partes.

A la mañana siguiente, cuando se disponía a salir de casa, sonó el teléfono.

Levantó el aparato, pensando que podría tratarse de Fanny. Estaba equivocado.

Era Hodges, el director adjunto del «Simmons Trust».

—Buenos días, Rafferty —saludó el individuo—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Perfectamente, señor Hodges —respondió el joven secamente—. ¿Puedo servirle en algo?

—¿De veras no está enfermo? —inquirió Hodges.

—Pues... ¿por qué lo pregunta usted? —exclamó Rafferty, recelosamente.

—Bien, lleva ya varios días sin venir por el Banco y hemos pensado que tal vez se sintió afectado por el asalto de que fue objeto.

—No estoy enfermo, si es a eso a lo que se refiera usted, señor Hodges. Pero comprenderá que después de haber derramado dos tinteros sobre la calva del repugnante pulpo que es Simmons, mi regreso al trabajo habría resultado perfectamente inútil.

Hodges soltó una risita.

—Por favor, amigo Rafferty —dijo—. Creo que se está tomando las cosas demasiado a la tremenda. Vuelva a su puesto; nadie le ha despedido que yo sepa. Además, el señor Simmons tiene interés en hablar personalmente con usted.

—¿No me está tomando el pelo? —preguntó Rafferty, incrédulamente.

—En absoluto, amigo mío. Simmons le está esperando ya en su despacho. Acuda pronto, por favor.

—Mucho madruga ese buitre devorador de dólares —gruñó el joven—. Está bien, iré pero más tarde; ahora tengo que hacer unas gestiones imprescindibles. —Descaradamente, mintió—. Estaba a punto de conseguir un nuevo empleo y...

—Creo que no le conviene dejar el Banco, amigo Rafferty —dijo Hodges, en tono untuoso—. De todas formas, haga lo que tenga por más conveniente, pero le recomiendo no adopte una decisión definitiva sin antes haberse entrevistado con el señor Simmons.

—Está bien —accedió Rafferty—. Iré a eso de las diez. O las once, cuando mejor me parezca. —Y colgó bruscamente.

Hinchó el pecho. Ya no sería más el empleado humilde y servil que había sido hasta entonces. No avasallaría a nadie, pero tampoco se dejaría avasallar.

Y si el ilustre y repugnante señor Simmons quería guerra... ¡le

complacería!

Después de lo cual, encendió un cigarrillo y con paso firme se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO VI

Cuando entró en la tienda de «Artículos y Disfraces de Todas Clases», propiedad de Aarón Stein, llevaba el cigarrillo pendiente de los labios, aunque, naturalmente, no era el mismo que fumaba al salir de casa.

Stein era un hombrecillo de unos sesenta años, casi calvo, que usaba unas gafas anticuadas y se frotaba las manos continuamente. Rafferty pensó que Stein podría ofrecer aspecto de tímido, pero no de tonto.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó el dueño de la tienda.

Rafferty se apoyó en el mostrador con gesto negligente. Procuró que su voz saliera un tanto bronca.

—Me llamo Frisbee, de «Investigaciones Frisbee» —mintió desvergonzadamente, a la vez que sacaba un billete de diez dólares—. Mi empresa suele pagar bien los informes que obtiene —añadió insinuador.

—Me gustaría mucho poder ayudarle, señor Frisbee —respondió Stein—. ¿De qué se trata?

—Hace algún tiempo, unos cuantos meses, un sujeto vino a esta tienda y compró cinco máscaras... sí, de esas que se las pone uno y le disfrazan por completo... Vamos, como si le hubiesen dado una cara completamente distinta. Esto evita el maquillaje, creo, ¿no?

—Así parece, señor Frisbee —sonrió el tendero—. Sí, recuerdo al individuo, porque no es muy corriente que me compren cinco máscaras de golpe. Una o dos es lo normal; generalmente, en una pieza teatral sólo uno o dos cuando más, de los actores, necesitan cambiar su físico por completo...

—Abrevie, abrevie, por favor, señor Stein; para «Investigaciones

Frisbee», cada segundo vale muchísimo dinero —dijo el joven campanudamente—. ¿Cómo era el tipo?

Stein reflexionó unos instantes.

—Era alto, cinco centímetros más que usted, delgado, de rostro melancólico... daba la sensación de habérsele muerto un pariente no hacía mucho... ¡Espere! ¡Tenía una marca de nacimiento, como una monedita pequeña, bajo la oreja izquierda!

—Magnífico, señor Stein. Por favor, deme su nombre y dirección.

Stein movió la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Lo siento, señor Frisbee. No sé cómo se llama.

—Pero usted tuvo que extender una factura por las cinco caretas —alegó el joven decepcionadamente.

—No dio su nombre y pagó al contado. Sí, le insinué lo de la factura, pero dijo que no era necesario. Y eso es todo.

Rafferty disimuló heroicamente el desánimo que se había apoderado de él al escuchar las palabras del dueño de la tienda.

—Está bien, señor Stein —dijo—. Menos es nada y... Aquí tiene usted. Muchas gracias.

Salió de la tienda con la sensación de haber perdido diez dólares.

Porque, ¿quién iba a encontrar en toda la ciudad a un sujeto alto y delgado, con cara melancólica y una marca de nacimiento bajo la oreja izquierda?

Buscó una cabina telefónica y llamó a Fanny.

La voz de la muchacha expresaba claramente el ansia que sentía.

—¡Hart! ¿Qué es lo que ha conseguido?

—Casi nada —respondió él. Y le explicó el resultado de su entrevista con Aarón Stein—. Ya lo sabe, Fanny —concluyó—, si ve a algún tipo de esa clase no deje de avisarme.

—Lo tendré en cuenta, Hart. ¿Qué va a hacer hoy?

—No lo sé... bueno, voy al Banco; el director me ha llamado, aunque no sé para qué.

—Quizá quieren admitirle de nuevo.

—Eso tengo entendido, Fanny. Hasta luego. —Y colgó.

Media hora más tarde entraba en el Banco pisando fuerte.

Hodges salió a su encuentro.

—¿Qué tal, Rafferty? Avisaré al señor Simmons que está usted

aquí.

—Bien, señor Hodges —contestó el joven en tono indiferente.

Minutos después, Rafferty era introducido en el despacho del propietario del «Simmons Trust».

Simmons se puso en pie al verle y le dirigió una sonrisa acogedora, a la vez que le tendía la mano.

—¿Cómo está, amigo Rafferty? —saludó amablemente—. Siéntese, por favor; tenemos que hablar detalladamente. ¿Cigarros? ¿O prefiere pitillos? —invitó, abriendo las cajas correspondientes...

Rafferty tomó un grueso habano. No los había fumado nunca, pero quería demostrar a Simmons que ya no pensaba dejarse amilanar más por él.

Mordió la punta y la escupió a un lado. Luego encendió el habano parsimoniosamente, mientras Simmons hacía lo propio.

—¿Y bien? —dijo al cabo.

—Nada —sonrió Simmons—, no pasa nada de particular, salvo que me permitirá preguntarle si va a quedarse con nosotros o tiene ya el otro trabajo que dijo hace pocos momentos estaba a punto de conseguir.

—Es una buena colocación —evadió el joven una respuesta concreta.

—Me lo imagino. Usted no es tonto y le habrán ofrecido un buen sueldo.

—¡Psé! —contestó Rafferty en tono indiferente.

—Creo que no supe portarme bien con usted, amigo Rafferty —dijo Simmons—. Yo también estaba un poco nervioso aquel día, créame, y se me fue la mano, digámoslo así.

—Se le cansaría a usted luego, para borrarle con el cepillo y el jabón las manchas de tinta —dijo Rafferty audazmente.

—Je —rió Simmons de mala gana—. Pelillos a la mar y olvidemos todo, mí querido amigo. Vuelva a su puesto, con el aumento que me solicitó... Ah, el seguro está ya a punto de reembolsarme la suma pedida, de modo que no habrá descuento, por supuesto.

—Le solicité veinte dólares semanales, ¿no es cierto?

Simmons respingó.

—Creí que había pedido quince... Está bien, veinte semanales, Rafferty. ¿Acepta?

El joven contempló la brasa del habano con aire crítico.

—Bueno —respondió al cabo—. Por tratarse de usted... y puesto que ya conozco el oficio... Ya lo dice el refrán: «Más vale malo conocido que...». Bien, me quedo.

—No sabe cuánto lo celebro, Rafferty —sonrió Simmons—. ¿Tomamos una copa para celebrarlo?

Y antes de que el joven pudiese alegar nada, se levantó de su sillón y se fue hacia un rincón del despacho, donde había un aparador con licores.

Volvió con dos copas y le entregó una.

—Salud.

—Salud —contestó Rafferty.

—No me crea un déspota, amigo mío —dijo Simmons untuosamente—. Aunque a usted no se lo parezca, suelo aceptar los consejos de mis subordinados y, en este caso, el del señor Hodges, pesó mucho en mi ánimo.

—Vaya con el señor Hodges —comentó Rafferty—. Tendré que darle las gracias.

—Sí. Él me hizo ver los ocho años que lleva usted en el Banco, trabajando con toda fidelidad y sin un solo fallo. Es comprensible que el atraco le pusiera nervioso... a todos nos excitó, por supuesto. Reflexioné mucho y encargué al señor Hodges de las primeras gestiones para recobrarle a usted.

Rafferty apuró su copa de un golpe. Como no estaba acostumbrado al licor, tosió estruendosamente durante casi un minuto.

Luego se puso en pie.

—Gracias, señor Simmons —dijo.

—Puede volver ya a su puesto, amigo Rafferty.

—Sí, pero no hoy. Y en diez días más, tampoco. Voy a tomarme unas vacaciones, ¿comprende? —declaró el joven osadamente—. Supongo que no se negará a concedérmelas.

—Claro que no. Y si necesita más días, dígalos. Con toda franqueza, amigo mío.

—Tendré suficiente, creo. Adiós.

Y salió del despacho, fijándose en que el cristal de la puerta había sido renovado.

Hodges se le acercó, sonriendo amablemente.

—¿Qué tal la entrevista, Rafferty?

—Bien —contestó él con aire indiferente—. Me ha readmitido.

—Lo celebro infinito —manifestó Hodges—. Es usted un valioso elemento y no podíamos dejármolo perder. En confianza —bajó la voz—. Simmons estaba terriblemente encolerizado contra usted. Quería incluso denunciarle a la policía; decía que usted se había puesto de acuerdo con el atracador... Pero yo logré persuadirle, Rafferty.

—Se lo agradezco mucho, señor Hodges. Estaba muy amable.

—Como que le hablé yo de lo poco grato que resultaría para el Banco si empezaba usted a gritar por ahí, hablando de los sueldos de miseria que nos paga. Esto parece ser que le convenció muchísimo.

—Me alegro. Ah, de todas formas, tardaré diez días en volver. Me tomo un descanso.

Hodges le miró sorprendido.

—Creí que empezaría a trabajar hoy.

—Dentro de diez días —repitió el joven tozudamente.

Y en aquel momento, uno de los empleados del Banco llamó la atención del director adjunto.

—¡Señor Hodges!

Hodges volvió la cabeza hacia su derecha.

—¿Sí, Martin?

Rafferty no oyó el resto de la conversación entre Hodges y Martin. Sus ojos estaban fijos en la manchita circular que Hodges tenía bajo la oreja izquierda, la cual quedaba ahora justamente frente a su rostro.

Hodges era alto y delgado. Nunca había tenido aspecto melancólico; más bien había sido siempre un tanto dado a la broma, aunque sin permitirse confianzas excesivas.

Pero quizá había adoptado aquella expresión para que Stein se fijase en él al adquirir las cinco caretas. Porque otros aspectos podrían cambiar, pero no la mancha de nacimiento que Hodges tenía bajo la oreja.

Haciendo un tremendo esfuerzo sobre sí mismo, consiguió dominarse y sonreír cuando Hodges volvió la cara nuevamente hacia él.

—Bien, amigo Rafferty, habrá de dispensarme, pero tengo

trabajo. Disfrute de sus vacaciones. Hasta la vista.

—Adiós, señor Hodges.

Rafferty salió del Banco en un estado de excitación realmente indescriptible.

¿Quién se iba a suponer que Hodges fuese uno de «Los Cinco Muñecos» y, además, un asesino peligrosísimo? ¡Qué bien había sabido desempeñar su doble papel, su doble vida, de empleado honrado, de empleado modelo por un lado y de atracador y asesino por otro!

Pero no cabía la menor duda; la descripción de Stein cuadraba exactamente con Hodges.

Salió a la calle, tratando de reflexionar con claridad. Se preguntó cómo se las habría podido arreglar Hodges para cometer sus atracos, cuando su obligación era estar en el Banco... porque los asaltos habían sido ejecutados en días laborables.

—Como es el director adjunto, tiene facilidades para salir cuando le parece —fue la conclusión a que llegó al cabo de unos minutos—. Y, además, los atracos se han realizado al ritmo de uno cada mes y medio o dos meses, de modo que sus ausencias han resultado sumamente espaciadas y no han podido infundir sospechas a nadie.

Después, buscó un teléfono y llamó a Fanny nuevamente.

—Necesito pedirle un favor —dijo, apenas se puso ella al teléfono.

—Lo que sea, Hart —contestó la muchacha.

—¿Podría usted proporcionarme una pistola de *atrezzo* de la televisión? Ya sabe usted, esas que parecen de veras y hacen ruido en las escenas violentas.

—Sí, desde luego, pero ¿qué es lo que pretende hacer, Hart?

—Intimidar al hombre del lunar bajo la oreja, *Milady*. Ya lo he encontrado.

CAPÍTULO VII

Pisando cautelosamente, Rafferty y Fanny se acercaron a la puerta del apartamento donde vivía Hodges.

Era un, hombre peligroso. Había que actuar antes de que tuviese tiempo de empuñar un arma.

Primero recobrarían la pitillera. Luego le denunciarían a la policía.

Rafferty tocó el timbre insistentemente. Esperó, con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Fanny estaba a un lado de la puerta, con la espalda pegada a la pared. Se la veía pálida, pero no atemorizada.

Rafferty creyó que no se abriría la puerta. Pero al fin, oyeron el sonido de la llave al girar en la cerradura.

Hodges entreabrió la puerta.

—¿Quién es? —preguntó recelosamente.

Rafferty pegó un empujón a la puerta y se coló en el apartamento, blandiendo su revólver de utilería que colocó bajo las narices del sorprendido individuo.

—No grite o le abraso —dijo truculentamente—. Entre y cierre, Fanny.

Hodges se quedó sin habla a cusa de la sorpresa recibida. Era evidente que había sido sorprendido en mitad del sueño; estaba despeinado y cubría con un batín su magro cuerpo.

—¡Rafferty! —exclamó al cabo—. ¿Qué significa esto?

El joven le revisó los bolsillos del batín.

—No, no tiene nada encima —dijo, satisfecho—. Hodges, ponga las manos sobre la nuca y no haga el menor movimiento sospechoso o le freiré a balazos.

—No entiendo nada en absoluto de lo que me está diciendo,

Rafferty —dijo Hodges, indignadamente—. Si no depone su actitud en el acto, llamaré a la policía.

—El teléfono está ahí —le interrumpió Rafferty—. Ande, llame a la policía. Será muy interesante ver la cara que ponen cuando se Encuentren frente a uno de «Los Cinco Muñecos».

El semblante de Hodges griseo. Rafferty se echó a reír, porque veía que sus suposiciones se habían convertido en realidad.

—De modo que fue usted el que compró a Stein las cinco máscaras —dijo—. Una buena idea para forrarse de dinero, sin tener que esperar cuarenta años para ahorrar cuatro dólares de los miserables sueldos que nos paga Simmons, ¿verdad?

Hodges estaba tan aturdido que no podía hablar. Rafferty lo empujó por un brazo hasta el diván más próximo.

—Siéntese —ordenó.

Hodges obedeció mansamente. Rafferty quedó frente a él, apuntándole con la falsa pistola.

—¿Dónde está la pitillera de la señorita Skowil? —preguntó.

Hodges levantó la cabeza.

—¿La... pitillera? No sé de qué me está hablando, Rafferty.

—Usted forma parte de la banda de «Los Cinco Muñecos», ¿no es cierto?

—Sí —asintió el hombre abatidamente.

—¿Por qué lo hizo? Tiene un buen puesto...

—Me obligaron a ello —confesó con voz sorda—. Tuve que hacer exactamente lo que me dijeron en una carta. No podía hacer otra cosa que obedecer.

—¿Por qué? —preguntó el joven. Ahora se explicaba mejor lo de la cara melancólica.

Hodges se había desmoronado.

—Hace años tomé una cantidad de dinero de la caja. Creí que nadie llegaría a saberlo, pero... Un día, de pronto, recibí una carta con instrucciones. Se me amenazaba con revelar el desfalco si no obedecía. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Pero nunca maté a nadie! —protestó Hodges con gran energía.

—Hasta hace poco —manifestó Rafferty—. Hasta que se vio en peligro de ser descubierto y mató a Raymond y a Plynne.

—¡Eso no es verdad! Yo no...

—Está mintiendo, Hodges —dijo el joven duramente—. Miente

cuando dice que alguien le obligó a robar Bancos y miente también cuando dice que no cometió dos crímenes. Pero eso no me importa en absoluto. Lo que quiero es la pitillera que usted se llevó de casa de Cosmo Plynn.

—¿Qué pitillera? Yo no he visto ninguna ni maté a Cosmo...

Rafferty hizo una señal a la muchacha.

—Fanny, apúntele con el arma y procure que no se mueva de este diván.

—¿Qué es lo que piensa hacer, Hart?

—Atarle y amordazarle. De este modo podremos registrar la casa con toda comodidad.

—Está bien.

Minutos después, Hodges quedaba inmovilizado con las ligaduras hechas de unas tiras de sábana, una de las cuales sirvió también para taponarle la boca. Acto seguido, los dos jóvenes se adentraron en el apartamento.

Ambos llevaban guantes, era una precaución que Rafferty había estimado conveniente. El joven se dio cuenta de la magnífica decoración de la vivienda.

—Esto no se paga con el sueldo de un empleado de banca por muy distinguido que pueda ser —comentó Rafferty.

El registro resultó igualmente infructuoso. No encontraron el menor rastro de la pitillera.

Rafferty se rascó la cabeza con aire perplejo.

—Bien —dijo—, supongo que si yo fuese un tipo duro, sometería a Hodges al «tercer grado» para que hablase, pero no podía levantarle la mano.

—A mí no me gustaría tampoco —expresó Fanny, mirándole a la cara.

Rafferty se sonrojó.

—No me mire así; sólo lo había pensado, *Milady*.

—Mejor que quede solo en pensamiento, Hart.

—Pero su pitillera no ha aparecido.

Fanny se encogió de hombros.

—Empiezo a creer que ya no tiene importancia —dijo.

—¿Por qué?

—No maté a Raymond...

—Aunque tal vez tenía motivos para hacerlo, ¿no es cierto?

Fanny desvió la vista a un lado, tremendamente sofocada.

—Hart, no quiero hablar de ciertas cosas que sólo deseo olvidar —contestó.

—De acuerdo —convino él—. Entonces, ¿piensa abandonar la búsqueda de la pitillera?

—Bien, si la encontrásemos, me alegraría mucho. Pero me parece que no lo conseguiremos.

—¿Cómo qué no? —exclamó Rafferty—. Si no fue Hodges, lo hizo alguno de sus compinches. Recuerde que eran cinco.

—¿Y qué? Ellos no me van a relacionar con Raymond, Hart.

—Si Raymond poseía algún secreto suyo y ellos lo saben... —aventuró el joven.

Fanny palideció.

—Pero no conocemos a los restantes «Muñecos» —alegó.

Rafferty señaló hacia el salón contiguo.

—Hodges sí los conoce. Y le sacaré los nombres de la forma que sea.

Se dirigió hacia la puerta y pasó al salón, seguido de la muchacha.

Al llegar allí se detuvo como clavado en el suelo.

¡Hodges había desaparecido!

La puerta estaba entreabierta y las tiras de sábana que habían servido de ligaduras, aparecían esparcidas sobre la alfombra.

Rafferty recogió uno de los trozos de sábana, examinándolo atentamente.

—Está cortado —dijo con voz sombría.

—Pero él no podía; estaba muy bien atado —dijo la muchacha.

Rafferty miró hacia la puerta.

—Alguien vino y lo desató, llevándoselo consigo sin causar el menor ruido, aprovechándose de que nosotros estábamos en el interior del apartamento. ¿Qué más quería Hodges que escapar, de la manera que fuese?

—Nos hemos quedado bien chasqueados —suspiró Fanny—. ¿A dónde se habrá ido?

—Su cómplice nos lo podría decir... si supiésemos quién es —contestó Rafferty desanimadamente.

Rafferty llegó a su casa bajo un estado de ánimo que Fanny había descrito exactamente: chasqueado. Sí, había conseguido saber

que Hodges era uno de «Los Cinco Muñecos», pero nada más.

Hodges había escapado. Ya no volvería al Banco, era lógico.

¿Avisaría a la policía?

Si lo hacía, el teniente Dogson le sometería a una multitud de preguntas sumamente embarazosas.

Pero podía informarle de una manera anónima, una carta... No, Dogson sospecharía que podía tratarse de algún empleado del «Simmons Trust» y hacer comparar las muestras de letra de cuantos trabajaban allí. La suya figuraba en multitud de documentos.

El teléfono sería lo más cómodo y seguro. Un rápido telefonazo desde un sitio poco concurrido y a escapar antes de que el aparato fuese localizado.

Sí, eso era lo mejor, dijo, mientras insertaba la llave en la cerradura.

Franqueó el umbral. Al hacerlo, se encontró con el cañón de una pistola que le apuntaba a pocos pasos de distancia.

—Empezaba a pensar que ya no vendría —dijo Al.

Una semana atrás, Rafferty se habría desmayado de miedo al hallarse en una situación semejante. Pero en pocos días había visto ya tantas cosas, que la pistola que le amenazaba no le impresionó en absoluto.

—Estuve paseando —contestó—. ¿Quiere una copa?

—No —gruñó el hampón—. Quiero otra cosa.

—Si es dinero, tengo muy poco. ¿Me permite tomar una copa?

—preguntó el joven, con tranquilidad que le asombró a él mismo.

—No me gaste ninguna sucia jugarreta, porque esta pistola hace unos agujeros tremendos —advirtió Al truculentamente.

—Sí, ya he tenido ocasión de comprobarlo —respondió él en tono indiferente—. No en mi propia carne, por supuesto.

Se acercó a una librería que tenía departamento para licores y sacó una botella y una copa.

—Usted está «de servicio» —dijo sarcásticamente—. Por eso no le invito.

Al no pareció apreciar el buen humor del joven.

—No he venido aquí a perder el tiempo charlando de tonterías —gruñó.

—Bueno, hable, ya le escucho —contestó Rafferty, mientras se servía una copa de licor—. ¿De qué piensa hablarme? ¿De «Los

Cinco Muñecos»? ¿De su compañero Cosmo, asesinado para que cerrase la boca eternamente? Los temas son infinitos, Al.

—Sólo quiero una cosa, Rafferty —masculló el hampón.

—Si la tengo, es suya —prometió Rafferty, dejando la copa intacta a un lado.

—La máscara que tenía Cosmo.

—Ah, yo creí que venía a por la pitillera. ¿Piensa usted seguir en el chantaje que Raymond hacía a la dueña de la pitillera?

—Eso no me importa ahora. La máscara. ¿Dónde está?

—¿Cómo se figura que yo puedo tenerla? —preguntó Rafferty, tranquilamente.

—Lo sé y basta. ¿Me la da o se la quito? —amenazó el forajido.

Rafferty se echó a reír.

—¡Pobre idiota! —exclamó—. La dejé allí, en casa de Cosmo. La máscara está a estas horas en poder de la policía.

Al se sobresaltó visiblemente.

—Está mintiendo —dijo de mal talante.

Rafferty extendió los dos brazos.

—Adelante. Regístreme —invitó—. Registre también la casa. Le doy mil dólares si encuentra aquí una sola máscara.

Al le miró recelosamente.

—Si me engaña... —Gruñó.

—¿No le estoy diciendo que puede registrar todo cuanto le venga en gana? ¿Es que piensa de mí que soy tan tonto como para llevarme algo que podría comprometerme gravemente si la policía me lo encontrase encima por casualidad? Nadie creería que yo no soy uno de los «Los Cinco Muñecos»... y eso es algo que no me conviene en absoluto.

Al vaciló un instante. De pronto ordenó:

—Vuélvase.

—¿Para qué? —preguntó Rafferty.

—Vuélvase y no hable.

El joven obedeció con cierta renuencia. Sabía lo que iba a ocurrir.

Al saltó sobre él, brazo en alto, disponiéndose a golpearle en la cabeza.

CAPÍTULO VIII

Rafferty presintió el golpe y se agachó y ladeó al mismo tiempo, haciendo que la mano de Al no encontrase el blanco deseado.

El hampón vaciló y perdió a medias el equilibrio. Rafferty, todavía inclinado, giró sobre sí mismo y metió la cabeza, golpeando a Al en el costado y derribándole por tierra.

Al perdió la pistola. Quiso incorporarse, vomitando mil maldiciones por la boca, pero Rafferty la emprendió a puntapiés con él. Las maldiciones se tocaron en aullidos de dolor.

Por un momento, Rafferty creyó erigirse en vencedor. Al parecía derrotado, pero era un sujeto correoso y consiguió levantarse y abalanzarse contra el joven.

Los dos hombres se enzarzaron en una salvaje lucha cuerpo a cuerpo. Rafferty oyó ruido de tela desgarrada, pero no habría sabido decir si era suya o de su adversario. De pronto algo duro chocó contra su mandíbula y cayó de espaldas.

Su mano tocó un objeto frío y metálico. Era la pistola que se le había caído al hampón.

Agarró el arma, pero no tuvo tiempo de utilizarla.

Al, temeroso de que el estrépito de la lucha atrajera a los curiosos, se lanzaba ya hacia la puerta.

Al desapareció antes de que Rafferty pudiese evitarlo. El joven se incorporó, aturdido y vacilante por el golpe recibido en la mandíbula, sintiendo que sus piernas carecían de fuerzas para lanzarse en persecución del forajido.

En medio de todo no se sentía disgustado. Podía decirse que había resultado vencedor. Al no había conseguido lo que quería... claro que tampoco lo tenía él, pero, al menos, le había demostrado no temerle. En lo sucesivo, Al se andaría con mucho más cuidado.

Se quitó la chaqueta y luego cerró la puerta con doble vuelta de llave. Fue al baño y se refrescó un poco, a fin de terminar de aclarar sus ideas. Después, regresó al salón, con ánimo de tomarse una copa.

Entonces vio un objeto caído en el suelo, que se le había pasado desapercibido. Recordó el ruido de tela rasgada.

Se inclinó. Era la cartera de Al.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Olvidándose de la copa, tomó la cartera y examinó su contenido.

Había trescientos dólares en billetes y una fotografía, pero ni un solo documento. Al, era precavido a este respecto, lo cual causó al joven una viva contrariedad.

Examinó la fotografía. Pertenecía a una mujer de formas opulentas, aunque de belleza un tanto basta, ataviada sumariamente con unos cuantos velos que dejaban ver más de lo que ocultaban. Parecía una artista de *burlesque*, a juzgar tanto por la postura como por la indumentaria.

No la había visto en su vida, por lo que le resultaba desconocida. Sin embargo, al examinar el dorso de la cartulina halló ciertos datos que estimó de interés.

El nombre de la mujer era Rossanna Owner y trabajaba en un salón titulado «El Gato Salvaje». Era, al parecer, una fotografía de propaganda, destinada a ser mostrada a los agentes artísticos, a fin de procurarse futuros contratos. De ahí que constase el nombre y el actual empleo de Rossanna en el dorso de la cartulina.

—Es la mujer adecuada para un tipo como Al —sentenció Rafferty, tras unos segundos de reflexión.

Y luego, como era ya muy tarde y se sentía tremendamente cansado, se metió en la cama.

Durmió mucho, hasta bien entrada la mañana. Cuando se levantó, lo hizo con el propósito de encontrar a Rossanna Owner cuanto antes.

Desayunó en una cafetería cercana. Al salir, compró un periódico.

Los titulares de la primera plana llamaron su atención inmediatamente.

Antes de leer el resto de la información, Rafferty sabía ya que se trataba de Hodges.

Así, pues, el desconocido no le había liberado sino para asesinarlo más tarde en el descampado donde había sido encontrado su cadáver.

Leyó la noticia. El cuerpo de Hodges había sido encontrado a media noche por un automovilista que se había detenido momentáneamente por sentirse un tanto mareado.

Rafferty comprendió que el individuo debía estar borracho. Sin duda, se salió de la carretera para aligerar el estómago y se encontró con el cuerpo sin vida de Hodges.

El hallazgo había disipado de golpe todos los vapores alcohólicos del sujeto, quien se había apresurado a comunicar el hecho inmediatamente a la policía. De ahí que la noticia hubiese llegado a tiempo para saltar a la primera página de las ediciones matutinas del periódico, puesto que Hodges había sido encontrado apenas treinta minutos de haber recibido la muerte.

Uno de los policías le había identificado por haber tenido relaciones con el «Simmons Trust». Conocía a Hodges y su personalidad quedó establecida inmediatamente.

Rafferty se sintió terriblemente preocupado. De los cinco miembros de la banda, habían muerto ya tres. Sólo quedaban Al... y el jefe. ¿Quién era?

Caminó a pie durante largo rato, mientras hacía funcionar su cerebro con gran actividad. ¿Conocería Rossana Owner a Al o se trataba meramente de una simple y auténtica fotografía publicitaria?

Bien, ¿por qué no probar? Se dijo.

Tenía en el bolsillo los trescientos dólares de Al, más algunos suyos. No era precisamente un experto, pero se imaginaba que la tal Rossanna se sentiría muy influenciada por la vista de un buen puñado de billetes.

Levantó la mano y detuvo un taxi.

—Lléveme a «El Gato Salvaje» —ordenó.

El conductor le miró asombrado.

—¿A estas horas? —preguntó.

—¿Por qué lo dice? —quiso saber el joven.

El taxista se encogió de hombros.

—Ahora sólo encontrará a las mujeres de la limpieza, pero, amigo, usted paga la carrera —dijo. Y embrogó para arrancar de nuevo.

Quince minutos más tarde, el taxi se detenía ante «El Gato Salvaje», un local que no prometía mucho a juzgar por la pobre decoración de su fachada. Naturalmente, se dijo Rafferty, era el sitio indicado para un tipo como Al.

Pagó el importe de la carrera y se apeó, cruzando la acera. Empujó las puertas.

Había dos mujeres arreglando el interior. Al fondo divisó el mostrador del bar, tras el cual había un sujeto haciendo anotaciones en un libro.

Cruzó el local y se acercó a la barra, sentándose en el taburete. El sujeto, un tipo grueso, fornido, pelado casi al rape y con las facciones endurecidas de un ex luchador, le contempló hostilmente.

—El local no funciona hasta las seis de la tarde, señor —dijo.

—No importa —contestó el joven—. Tampoco vengo a ver ninguna atracción, sino a pedirle unos informes.

Sacó la fotografía de Rossanna y la enseñó junto con un billete de diez dólares.

—Trabaja aquí —dijo Rafferty.

—Sí —reconoció el individuo.

—¿Dónde vive?

—¿Por qué lo pregunta?

—Oiga, amigo, estos diez dólares me dan derecho a recibir respuestas, no a darlas —contestó Rafferty, despegadamente—. Pero si le parecen pocos, añadiré otros tantos. —Y, junto al anterior, puso un segundo billete de diez dólares.

El barman reflexionó unos segundos. Luego, apoderándose del dinero, contestó:

—Calle Novena, 556, apartamento 4, D.

—Gracias, es todo lo que deseaba saber.

Rafferty no perdió el tiempo. Rossanna Owner era mujer que trabajaba hasta muy tarde, lo cual significaba que no podía ser aficionada a madrugar. Estaría aún en la cama.

Un taxi le llevó hasta la casa de la artista. Llamó a la puerta.

Rossanna salió a abrirle. Era una mujer alta y rotunda, de senos exuberantes y pelo de un rubio detonante, que debía mucho a la

química. Sin embargo, observó Rafferty, resultaba al natural mucho mejor que en la fotografía.

—¿Sí? —dijo la mujer curiosamente.

—Me llamo Rafferty —se presentó el joven—. ¿Puedo hacerle unas preguntas, señorita Owner?

—No faltaría más —contestó ella, sonriendo graciosamente—. Pase, por favor, señor Rafferty.

El joven cruzó el umbral. Rossana cerró la puerta y le indicó un sillón.

—¿Quiere sentarse?

—Gracias, estaré tan sólo unos minutos.

—Al menos me aceptará una copa —invitó ella.

—Bien, no me gustaría desairarla, pero tengo bastante prisa.

—Oh —sonrió la mujer—, un minuto más, un minuto menos, ¿qué importancia puede tener? Por favor —dijo, haciendo aletear unas pestañas pesadamente cargadas de *rimel*.

—Está bien —accedió el joven.

Rossanna se alejó, moviendo sus opulentas caderas con exagerado contoneo. Rafferty, mientras tanto, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Ella volvió a los pocos minutos con dos copas. Le pasó una y se sentó en el brazo del sillón donde estaba él joven.

—¿Y bien, señor Rafferty? —dijo, inclinándose hacia él.

El joven trató de desviar la vista de aquel sugestivo panorama de carne blanca y mórbida, que el amplio escote de la bata ponía al descubierto. Bebió un trago, pero, como de costumbre, el licor le hizo toser, esta vez de tal modo, que casi devolvió lo poco que había ingerido.

—Oh, perdóneme —se excusó—. Tengo tan poca costumbre de beber...

Y se limpió con el pañuelo las perneras de los pantalones, que se había puesto perdidas de *whisky*. Entregó la copa a la mujer.

—Lo siento. El licor y yo no congeniamos.

—Vamos, vamos —insistió ella—; una copita no hace nunca mal a nadie. Beba, señor Rafferty...

—Perdóneme —dijo él, poniéndose en pie bruscamente—. No he venido a beber, sino a hacerle unas preguntas. Y estoy dispuesto a pagarle bien, señorita Owner.

—De acuerdo —contestó ella—. Hable.

—Deseo que me diga usted el domicilio de un amigo suyo. Se llama Al, ignoro su apellido, pero puedo facilitarle una descripción física. Le pagaré hasta... hasta, cien dólares...

Rafferty sintió que la lengua se le trababa súbitamente. Reunió un poco de saliva y notó de pronto un extraño sabor en la boca.

Miró a Rossanna. La mujer vestía en bata, pero estaba cuidadosamente peinada y maquillada. Esto no era lógico, para una artista que trabajaba casi hasta que salía el sol.

La insistencia en hacerle beber...

¿Había querido narcotizarle?

Los ojos de Rossanna le contemplaron especulativamente. Rafferty hizo un esfuerzo y sacudió la cabeza. La figura de Rossanna se le presentaba deformada de un modo muy extraño.

La idea de que ella le había tendido una trampa. Sí infiltró poderosamente en su cerebro. De no haber sido por su aversión al licor, ahora estaría ya tendido en la alfombra, completamente dormido.

Aun así, notaba un extraño torpor que le hacía moverse con dificultad.

—Rossanna —dijo envaradamente—, no trate de engañarme. El tipo que estaba en «El Gato Salvaje» le avisó a usted.

—No sé de qué me está hablando —contestó ella desdeñosamente—. Me parece que cuando llegó tenía ya en el cuerpo una docena de copas.

—Está mintiendo, maldita sea —gruñó Rafferty—. Vamos, hable pronto. Doscientos cincuenta dólares ahora mismo si me indica el domicilio de Al.

Y sacó la cartera, enseñando los billetes de modo que ella pudiera verlos sin dificultad.

La codicia venció a la mujer.

—Venga el dinero —dijo Rossanna.

—El domicilio de Al —insistió Rafferty secamente.

—El dinero —pidió Rossanna.

Rafferty se dirigió hacia la puerta.

—El teniente Dogson, de la Brigada de Homicidios, se lo preguntará a usted. Y no le dará doscientos cincuenta dólares por la respuesta, puede estar segura de ello.

—¡Aguarde! —gritó Rossanna.

Rafferty se detuvo. Empezó a girar sobre sus talones.

En aquel instante, un jarrón se estrelló contra su cabeza.

El joven dobló las piernas. Cuando tocó el suelo había perdido ya el conocimiento.

Rossanna se inclinó sobre él y, después de registrarle, se apoderó del dinero, que escondió en lo más profundo de su opulento escote. Luego miró al caído y sonrió despectivamente.

—Imbécil —musitó—. Te has quedado sin dinero y sin respuesta.

CAPÍTULO IX

Un chorro de agua fría cayó sobre el rostro de Rafferty. El joven se estremeció, tosió un par de veces y luego abrió los ojos torpemente.

Al cabo de unos segundos consiguió hallar el foco correcto de su visión. Entonces vio a Rossanna acompañada del hombre del bar de «El Gato Salvaje».

Esto confirmó sus suposiciones. El individuo había prevenido a Rossanna mientras él se dirigía a la casa de la mujer. Dado que había testigos extraños en el local, no había podido retenerle allí, por lo que había encomendado a Rossanna aquella tarea.

—Levántese —ordenó el individuo—. Rossanna, dale una taza de café.

Rafferty hizo un esfuerzo y alcanzó un sillón. La cabeza le dolía horriblemente. De no haber sido por el sombrero, los efectos del golpe habrían resultado mucho más desagradables.

Rossanna le trajo el café y una aspirina. Al cabo de unos minutos, Rafferty se sintió bastante mejor, aunque había perdido las fuerzas casi por completo.

—¿Se encuentra ya en condiciones? —preguntó el hombre.

Rafferty hizo un gesto ambiguo.

—Según para qué —contestó.

—Para responder a mis preguntas.

El joven estudió a su antagonista. Tenía diez años más que él, pero era mucho más fuerte y, sobre todo, daba la sensación de conocer todas las formas de pelear, asunto en el que él era un completo novato.

—Bien, hable y veré qué puedo contestarle —dijo cautamente.

—¿Por qué quería, ver a Al?

—Él sabe mi casa y yo desconozco la suya. Eso no me parece justo, ¿verdad? —dijo Rafferty, irónicamente.

—No me tome el pelo, Rafferty —gruñó el sujeto—. Quiero respuestas, no bromas.

—¿Qué piensa hacerme si no le contesto? ¿Matarme?

—¿Y si fuera así?

—Usted no se atrevería a ello —le desafió el joven.

El rufián sonrió.

—Tiene razón. Ahora no... porque es un momento comprometido. Pero a la noche, las cosas habrán cambiado. Rossanna, ¿tienes ahí algo para atar a este buscalíos? Una sábana hecha tiras, por ejemplo.

—Ahora mismo, Ned —contestó la mujer, yéndose hacia el interior del apartamento.

—Le advierto que el teniente Dogson sabe dónde estoy... —empezó a decir Rafferty, pero el otro le interrumpió con una risotada.

—¿Me toma por tonto, amigo? Póngase en pie y vuélvase de espaldas —ordenó.

Rafferty inspiró. La noche anterior le habían dado una orden semejante. Y había sabido contrarrestar la acción de su adversario. ¿Por qué no intentarlo ahora también?

Se volvió lentamente. De pronto giró en sentido contrario, a la vez que levantaba el brazo derecho y lo hacía girar como un garrote.

Su mano alcanzó la nariz de Ned, quien lanzó un agudo grito de dolor. Rafferty terminó su movimiento de giro y arremetió con la cabeza gacha contra su adversario, alcanzándole con la frente en medio de la boca.

Ned dejó escapar un rugido inhumano y cayó de espaldas. Pero era hombre acostumbrado a las peleas y se rehízo inmediatamente.

Rafferty le tiró una patada a la cara. Ned agarró su tobillo con ambas manos y realizó un movimiento de torsión que dio con el joven en tierra.

Rafferty dejó escapar un gemido de dolor. Ned se le echó encima. Pudo levantar la pierna y meterle la punta del zapato en el estómago, pero su adversario encajó el golpe con bastante facilidad, aunque se vio obligado a retroceder.

—Basta ya —exclamó Ned de pronto, sacando a relucir una pistola—. Si no se está quieto, disparo.

Rafferty había llegado ya a una situación en que cualquier cosa carecía de importancia para él.

—Vamos —dijo, avanzando con los brazos extendidos hacia Ned—, dispare. No lleva silenciador; el estampido se oír y... ¿qué cree usted que sucederá entonces? ¿Cómo justificará mi muerte?

Ned pareció impresionarse por los argumentos del joven. Vaciló visiblemente, lo cual provocó una carcajada de Rafferty.

—¿Lo ve? No se atreve a disparar, porque tiene miedo de que lo atrape la policía. ¿Y qué dirían de usted si se enterasen que es uno de los famosos «Cinco Muñecos»?

El rostro de Ned se convulsionó de ira. Rafferty supo así que sus palabras habían expresado la verdad.

Ned saltó hacia él, intentando golpearle en la cabeza con la culata del arma. Pero Rafferty le asestó una tremenda patada en la rodilla derecha, que le arrancó un tremendo alarido de dolor.

Por un momento, el joven creyó cantar victoria. El golpe había causado sus efectos y Ned parecía ocuparse más de su rodilla que de la pistola.

Alargó la mano para coger la pistola. En aquel instante le pareció que una bomba explotaba dentro de su cabeza.

Mientras caía al suelo oyó la voz de Ned:

—¡Eres una buena chica, Rossanna!

Luego, el silencio y la oscuridad descendieron sobre Hart Rafferty.

Despertó después de un tiempo que le pareció larguísimo y hubo de dejar pasar mucho más tiempo todavía, hasta que notó que se alejaba el violento dolor de cabeza que tanta tortura le causaba.

Estaba tendido en un lecho, sólidamente atado de pies y manos, aunque no amordazado. Cuando se sintió con fuerzas, trató de soltarse las ligaduras, pero los nudos estaban muy bien hechos y no consiguió ningún progreso.

Miró a través de la ventana y se sorprendió de la gran cantidad de tiempo que había pasado desde que Rossanna le asestara su segundo golpe. El cielo se tornaba ya de color rojo, lo cual indicaba que la noche llegaría muy pronto.

Y con la noche, su muerte. Ned lo había dicho bien claro.

¿Era Ned el jefe de «Los Cinco Muñecos»?

Posiblemente. Raymond había muerto —pero, en tal caso, ¿por qué había atacado solitariamente el «Simmons Trust»?—. Plynne también había sido asesinado y lo mismo le había pasado a Hodges.

Entonces sólo quedaban dos miembros de la banda. Ned y Al.

Ciertamente, la cuadrilla había sufrido una gran disminución en sus efectivos, pero esto le importaba poco a él. Salvar la vida era lo más urgente... y a la noche, Ned volvería, seguramente acompañado por Al, para llevarle a algún lugar solitario.

Como habían hecho con Hodges.

¿Había alguna manera de evitarlo?

—¡Rossanna! —gritó.

Nadie contestó a sus llamadas. Rafferty dedujo que la mujer debía haber ido a trabajar. Bien atado y la puerta cerrada con llave, estaba allí completamente seguro.

Tenía las manos atadas a la espalda. Encogió las piernas, pero no pudo hacer nada para soltarse los nudos de las piernas. Tras algunos segundos de reflexión, hizo un esfuerzo y se sentó en el borde del lecho.

Se puso en pie y caminó a saltitos hacia el salón. Sobre una mesita divisó el teléfono.

Pero no podía marcar el número que deseaba, dada la situación en que se hallaba. De pronto divisó sobre la mesita un lápiz y un pequeño taco de papel, destinados evidentemente a la anotación de mensajes.

Caminó hacia la mesita y se arrodilló junto a la misma. Con la boca agarró el cable del teléfono, junto al aparato y, al cabo de un minuto de intensos esfuerzos, logró descolgarlo y dejarlo al borde de la mesa.

Estiró el cuello. El lápiz resbaló de sus dientes unas cuantas veces, pero al fin consiguió agarrarlo sólidamente. Entonces marcó el número de Fanny.

—Con tal de que esté todavía en casa —suspiró, mientras, ladeando la cabeza cuanto podía, procuraba colocarse lo más cerca posible del teléfono.

Fanny estaba en casa. Rafferty percibió su voz a través del auricular.

—¿Quién es?

—¡Fanny! —gritó él—. Soy yo, Rafferty...

—¡Hart! —exclamó la muchacha—. ¿Qué le ocurre?

—Estoy en un grave apuro. Tiene que venir inmediatamente a soltarme. Me han atado de pies y manos, pero no puedo desatarme... ¿Me oye bien?

—Sí, Hart. ¿Dónde está?

El joven le facilitó la dirección.

—Iré ahora mismo —prometió la muchacha.

Rafferty se dejó caer sobre sus talones, sudando copiosamente, agotado por el esfuerzo. Al cabo de unos minutos se puso en pie.

Miró hacia la puerta. ¿Cómo se las arreglaría Fanny para abrir?

Caminó a saltitos hacia la puerta. Esperó.

El tiempo se le hizo infernalmente largo. Al fin, cuando ya creía que los nervios le iban a estallar, sonó el timbre.

—¡Fanny! —gritó.

—¡Hart! ¡No puedo entrar! —contestó la muchacha desde el otro lado de la puerta.

—Escuche. Vaya al conserje y dele algo de dinero. El tendrá una llave maestra o algo por el estilo... y si no, que le ayude como sea.

—De acuerdo, Hart. Subiré enseguida.

Cinco minutos después, Rafferty oía el consolador ruido de una llave al girar en la cerradura. La puerta se abrió y Fanny penetró ansiosamente en el apartamento.

—Dios mío —exclamó.

—No perdamos el tiempo en lamentaciones, Fanny —dijo él—. Busque un cuchillo y corte las cuerdas.

Fanny echó a correr hacia la cocina y volvió a poco con el cuchillo en las manos. Segundos después, el joven quedaba libre.

Rafferty se frotó las muñecas unos momentos. Tenía las manos entumecidas y apenas si podía andar.

—¿Cómo ha venido a parar aquí? —inquirió ella.

—Al creía que yo tenía la máscara de Cosmo Plynne y me esperaba en casa, cuando usted y yo nos separamos anoche —explicó Rafferty—. Discutimos un poco, pero le obligué a escapar. Se dejó su cartera y en ella la fotografía de una mujer. Indagando llegué hasta aquí...

El joven terminó de hacerle el relato de las aventuras que le habían sucedido desde la noche anterior. Al terminar, ella le

contempló admirativamente.

—Es una frase vulgar, casi grosera, pero tengo que pronunciarla —dijo con excelente buen humor—. ¡Hart, es usted un tío!

—Vaya —se ruborizó el joven—. ¿Le firmo un autógrafo?

—En la calle, si acaso. Aquí no nos conviene seguir. ¿Cuáles son sus planes para lo sucesivo?

—Continuar buscando la pitillera, naturalmente —respondió Rafferty, mientras la miraba profundamente—. No me importa lo que haya podido hacer en el pasado; lo que me importa es su futuro.

Fanny se sonrojó mucho.

—Es usted muy bueno, Hart —dijo—. De todas formas, la pitillera ya no me interesa tanto...

—Pero hemos de encontrarla sea como sea —alegó él.

—Escuche —dijo la joven—; si buscar la pitillera ha de ponerle en peligro de muerte, le prohíbo que lo haga. Soy inocente de la muerte de Raymond y...

Fanny inspiró profundamente.

—Creo que es hora ya que sepa que Raymond me hacía un chantaje, Hart.

—Me lo suponía —contestó él llanamente.

—La noche en que usted me encontró, había ido a pagarle unos pocos cientos de dólares. Hacía tres días que me había llamado pidiéndome quinientos o... soltaba la lengua, dijo.

—No tengo costumbre de tratar con tales señores, pero es el truco habitual de todos los chantajistas. Debió haberse negado usted la primera vez.

—¿Y perder mi empleo en la emisora de televisión?

—¿Tanto escándalo se habría producido si Raymond hubiese divulgado su... bueno, lo que fuese? —preguntó él.

—Escuche —dijo Fanny—; la gente se ha acostumbrado a considerarme como el prototipo de la muchacha buena, honesta y sencilla. Aparte de las actuaciones normales, tengo el programa destinado a la perfecta madre y ama de casa. Esto incluye virtud, decencia, honestidad, recato... y todas las virtudes que usted quiera nombrar.

—Desde luego. Y su aspecto es exactamente el que toda mujer que contemple la televisión espera encontrar en una muchacha de

tales prendas.

—De acuerdo. Ahora, dígame usted, ¿qué pasaría sí...?

Fanny se calló de pronto. Alguien estaba hurgando con una llave en la cerradura de la puerta.

CAPÍTULO X

Rafferty reaccionó con presteza.

Agarró a la muchacha por una mano y se la llevó a la pared, junto a la puerta. Instintivamente, Fanny guardó silencio.

Esperaron un par de segundos. La puerta se abrió.

Un hombre penetró en la habitación. Rafferty contempló las anchas espaldas de Al.

El hampón no se había dado cuenta de que estaban allí. Rafferty saltó sobre él y le propinó un fortísimo empujón en la espalda, que le hizo caer hacia adelante.

Al chocó contra una silla, que rompió con el impacto de su poderoso corpachón, con gran estrépito de maderas astilladas. El rufián lanzó un gruñido de cólera.

Rafferty y la muchacha dieron la vuelta y salieron. Rafferty cerró la puerta de golpe.

—¡A la calle, pronto!

Emprendieron el descenso a la carrera. Mientras bajaban, Rafferty preguntó:

—¿Tiene usted el coche abajo?

—Sí, Hart.

—Estupendo. Eso nos permitirá ponemos rápidamente fuera del alcance de ese gorila.

En pocos segundos llegaron a la calle. El descapotable blanco de la muchacha estaba parado junto a la acera.

—Conduciré yo —dijo Rafferty, sentándose tras el volante. Alargó la mano y echó algo en falta—. ¡La llave de contacto, *Milady*!

Ella abrió el bolso y se la entregó. Rafferty se sentía nerviosísimo. Estaban perdiendo un tiempo precioso.

Arrancó al fin. En el mismo instante, Fanny lanzó un grito:

—¡Hart, Al está saliendo de casa!

Era de noche y la circulación había decrecido un tanto. Pese a todo, había aún demasiados automóviles para que el joven pudiese alcanzar una velocidad satisfactoria.

Fanny se volvió en el asiento.

—Nos sigue, Hart —dijo sombríamente.

—Será muy difícil que nos despeguemos de él —manifestó Rafferty, atento al tránsito.

—¿Por qué?

—No quiero hacerle ningún reproche; a fin de cuentas, ya lo tenía usted antes de conocernos, pero este coche destaca en todas partes...

—Siempre deseé tener un convertible blanco, Hart —contestó ella—. Mi empleo en la televisión me permitió satisfacer ese capricho.

—Claro. —Amargamente, Rafferty dijo—: Se conoce que usted no ha tenido nunca un empleo de cuatrocientos veinticinco mensuales.

Ella le miró con pena.

—Hart, los he tenido cien veces peores que el suyo —confesó.

Las manos del joven se crisparon sobre el volante. ¿Era posible que una chica tan encantadora hubiese...?

No se atrevió a completar el pensamiento; le horrorizaba.

Pasaron unos minutos. Ya estaban alcanzando los límites de la ciudad.

Rafferty echó un vistazo al retrovisor. Al les seguía implacablemente.

—¿Tiene usted miedo a la velocidad, *Milady*?

—A su lado, no, Hart —contestó ella.

—Me halaga su forma de pensar... ¡Maldición!

—¿Qué sucede? —preguntó Fanny.

—Al. Se nos está acercando demasiado... y todavía es demasiado pronto para correr.

Fanny volvió la vista hacia atrás. El coche negro del hampón ganaba terreno rápidamente.

Estaba ya a menos de veinte metros.

—Acelere, Hart —pidió.

Rafferty aumentó la velocidad en veinte kilómetros a la hora. No se atrevía a correr más dentro todavía de la ciudad.

Al se les acercó implacablemente. Unos segundos más y se pondría a su altura.

En aquel instante, Fanny vio algo en el asiento posterior.

Cuando la llamó Rafferty se disponía a salir hacia la emisora de televisión. Siempre solía llevar un par de vestidos, a fin de cambiar de indumentaria en sucesivas apariciones en la pantalla.

Los vestidos estaban en un maletín, que ella había depositado en el asiento posterior.

—Siga, Hart —recomendó, mientras pasaba por encima del respaldo del asiento delantero.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó el joven.

—Tratar de detenerle —gritó ella.

Pasó a la parte posterior y agarró el maletín con ambas manos.

El coche perseguidor se encontraba ya a menos de diez metros de distancia. Fanny aguardó a que el intervalo se hubiese reducido a la mitad.

Entonces levantó el maletín y lo arrojó con todas sus fuerzas hacia el parabrisas del otro vehículo.

Al vio venir aquel insólito proyectil y maniobró para evitarlo. El maletín, sin embargo, alcanzó su blanco.

Pero Al se había desviado un tanto. Pisó el freno, dándose cuenta de que se iba directamente contra la acera.

El coche zigzagueó ruidosamente. Al se esforzó por dominarlo, mientras maldecía con gran profusión de juramentos.

La rueda delantera derecha tocó el bordillo de la acera. El automóvil dio un enorme salto. Al hizo girar el volante en sentido contrario. Rebotando como una pelota, el automóvil rodó unos cuantos metros sobre la acera y terminó por volver a la calzada.

Al pisó el acelerador a fondo en el momento en que el convertible alcanzaba las últimas casas de la ciudad.

—No ha servido de nada —gimió Fanny.

—Ahora ya podemos correr —contestó el joven, acelerando al máximo.

Pero no estaba muy seguro de sus habilidades como conductor, ya que su práctica en el manejo de un automóvil era más bien corriente. A pesar de todo, vio que la aguja del cuenta kilómetros

subía lentamente.

Lanzó una mirada hacia el retrovisor. Los faros del auto de Al seguían implacablemente fijos en la zaga del descapotable y su intensidad luminosa crecía por segundos.

Fanny había vuelto ya junto al joven y lanzaba frecuentes miradas hacia atrás. Sus cabellos se habían soltado con el viento y ondeaban libremente.

—Nos dará alcance, Hart —sollozó.

El aire rugía en sus oídos. Rafferty echó una mirada al velocímetro: en aquellos instantes iban a ciento treinta.

La carretera era amplia y despejada. A quinientos metros, hacia una subida para pasar por encima de una línea ferroviaria, El puente se hallaba a doscientos metros de una curva bastante pronunciada.

—Agárrese, Fanny —gritó él de pronto.

Rafferty acometió la curva. De pronto quitó el gas y aplicó el freno.

El coche coleó un poco, pero Rafferty consiguió dominarlo. Su velocidad se había reducido ya considerablemente.

Echó un vistazo al retrovisor. Al entraba en la curva en aquellos instantes.

Rafferty golpeó el volante hacia su izquierda, como queriendo cerrarle el paso al hampón. Al se dio cuenta de que, a menos que rectificase, se estrellaría contra el ruto blanco.

Se desvió también hacia la izquierda, en el momento en que Rafferty volvía a su sitio en la carretera. Al iba en aquellos momentos a ciento veinte a la hora.

Su maniobra resultó demasiado arriesgada y ejecutada con haría velocidad para rectificar en tan cortísimo espacio de tiempo.

El coche negro atravesó oblicuamente la carretera y saltó como un proyectil fuera del límite. El auto voló un instante y luego cayó sobre la inclinada pendiente del terraplén.

Al se agarró al volante con ambas manos mientras el coche, de manera casi prodigiosa, descendía sin volcar a toda velocidad, dejando tras sí una densa estela de polvo. Bajó quince o veinte metros y se acercó como un meteoro a la vía férrea.

A lo lejos se divisaba el brillante reflector de una locomotora que arrastraba un tren a toda marcha. Ocupado en tratar de

dominar el coche, Al no se percató del detalle.

El auto negro alcanzó al fin un terreno más nivelado. Pero su impulso no había cesado todavía. Rodó diez metros más y sus ruedas chocaron con el balastro y los rieles de la vía.

Sonó un tremendo chasquido. El auto se empinó de morro y cayó de golpe sobre el tendido de los rieles, deteniéndose tan bruscamente, que Al fue lanzado contra el parabrisas y recibió un tremendo golpe en la frente.

El golpe le atontó unos instantes. Por la ventanilla abierta entraba el fresco aire de la noche. También entraba el sonoro rugido de la sirena del tren.

Al levantó la cabeza, terriblemente sobresaltado. Sólo entonces pareció darse cuenta de que el auto se hallaba; detenido en el centro de la vía férrea.

El ojo luminoso de la locomotora cayó de lleno sobre el automóvil. Lleno de pánico, Al abrió la portezuela y trató de escapar.

En aquel instante, la locomotora alcanzó el coche. Hubo un gran estrépito y el vehículo fue lanzado por los aires como una simple pluma. Al notó en la espalda el terrible dolor de un gran golpe.

Fue lo último que sintió. Medio segundo después, la masa del coche caía sobre él, aplastándole.

El tren desfiló rugientemente en la oscuridad de la noche. Una hilera de ventanillas iluminadas pasó por encima de los restos del automóvil, por debajo de los cuales asomaba una mano ensangrentada.

Rafferty había detenido el automóvil al otro lado del puente. Los dos percibieron claramente el tremendo golpetazo del choque.

—¡Dios mío! —gimió la muchacha.

Las luces rojas de cola del tren se alejaron. Fanny temblaba horriblemente.

—Ha muerto —dijo con un sollozo.

Rafferty rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia sí. Fanny no opuso la menor resistencia.

—Tenemos que volver a la ciudad —dijo.

Ella asintió en silencio.

—Al quería matarnos —añadió Rafferty—. Es triste tener que hablar así, pero no hemos hecho otra cosa que defendernos.

—Lo sé, pero...

—Cálmese, Fanny. Trate de pensar que ese asesino nos hubiese dado muerte sin el menor remordimiento.

—Sí, Hart.

Rafferty esperó a que la joven se hubiese calmado un tanto. Luego, puso el automóvil en marcha y dio media vuelta.

Cuando pasaban por el puente oyeron a lo lejos la sirena de un motorista de la policía de tráfico.

—Tendremos que detenernos para declarar —dijo Rafferty—. De otra forma nos haremos sospechosos. Sin embargo, no debemos temer nada; afortunadamente, no nos vio nadie.

Paró el coche en el sitio donde había saltado el auto de Al fuera de la carretera. Dos motoristas se detuvieron en aquel instante frente a ellos.

Rafferty saltó fuera del coche.

—Ese hombre ha debido matarse —dijo.

—¿Vio usted el accidente? —preguntó uno de los motoristas.

—Sí, agente. Íbamos delante de él y quiso pasarnos. Llevaba una velocidad enorme y me imagino que debió perder el control —explicó Rafferty, mintiendo con todo descaro—. Saltó fuera y cayó a la vía, justo en el momento en que pasaba un tren nocturno.

—Fue algo horrible —añadió Fanny, comprendiendo que tenía que ayudar al joven—. No he visto nunca a nadie correr tanto como lo hacía ese desgraciado.

—Ya no correrá más —contestó el policía, sacando su libreta de notas—. Sus nombres, por favor.

Fanny miró al joven angustiadamente. Rafferty asintió con la cabeza.

—Me llamo Hart Rafferty y soy cajero del «Simmons Trust». El señor Simmons puede responder por mí y por la señorita Skowil.

—¿Fanny Skowil? —preguntó el motorista. Su compañero había descendido ya por el terraplén y se hallaba junto a los restos del automóvil siniestrado—. ¿La presentadora de televisión?

—La misma, agente —contestó Rafferty—. Somos antiguos conocidos y aprovechamos que hoy tenía el día libre, la invité a dar un paseo en coche.

El motorista miró a la muchacha.

—Mi mujer es una fanática de usted, señorita Skowil —sonrió—.

No se pierde una de sus emisiones. —Le tendió la libreta—: Su autógrafo, por favor, aunque sea en la última página para arrancarla luego y entregársela a mí esposa.

—Con mucho gusto, agente —contestó la muchacha.

El motorista guardó la libreta.

—Pueden irse —dijo—. Nosotros nos encargaremos del resto. —Meneó la cabeza—. La manía de la velocidad trae funestas consecuencias. Recuérdenlo siempre.

—Lo tendremos presente —sonrió Rafferty, volviendo al auto.

Rodaron en silencio durante unos minutos.

—Esta vida que llevo me va a costar el empleo —suspiró la muchacha al cabo de un rato.

—Usted es tan hermosa, que nadie podría formularle el menor reproche —sonrió él—. No se preocupe; llame luego a la emisora y póngales cualquier excusa.

Fanny consultó su reloj.

—Todavía tengo tiempo de alcanzar la última emisión —dijo—. ¿Quiere usted acompañarme hasta la emisora, Hart?

—Por supuesto.

—Allí hay un restaurante. Puede cenar en él si tiene apetito.

—¿Apetito, dice? —rió el joven—. Tengo un hambre de lobo. No he tomado nada desde el desayuno.

—Y luego me acompañará hasta casa. Tengo miedo de ir sola, Hart —exclamó ella, estremeciéndose.

—Yo la protegeré —declaró Rafferty, orgullosamente.

Estuvo en la emisora hasta que la joven hubo terminado. Luego la condujo hasta su casa y subió con ella hasta el apartamento, cerciorándose de que no tenía ninguna visita desagradable. A continuación se despidió de ella.

—Ciérrese con llave y no abra a nadie, sin antes haberse asegurado de que es amigo suyo.

Ella le miró dulcemente.

—Sólo tengo un amigo verdadero, Hart —murmuró.

El joven sintió algo extraño en su interior. Jamás lo había percibido hasta entonces.

—Lo seré siempre, Fanny —dijo roncamente. Y para cortar su turbación, se despidió bruscamente—. Adiós.

Salió a la calle. Estaba irresoluto.

La pitillera de Fanny no había aparecido, pero ella había dicho que ya no importaba tanto.

En realidad, ¿cómo iban a poder demostrar que Fanny la había perdido en el apartamento de Raymond?

Pero aquella pitillera era un objeto de mucho valor, en primer término; y en segundo, ¿no contendría alguna cosa interesante para el último superviviente de «Los Cinco Muñecos»?

Casi se echó a reír. La policía había buscado a la temible banda con ahínco durante meses, sin lograr el menor resultado positivo y él, en una semana, poco más o menos, había encontrado a cuatro de los miembros de la pandilla.

Y, se estremeció, los cuatro habían muerto.

Pero quedaba uno vivo: el jefe. Y mientras éste no estuviese puesto a buen recaudo, ni él ni Fanny vivirían seguros.

Tenía que encontrar a Ned. Y, pese a lo que hubiese podido decir Fanny, también tenía que encontrar la pitillera.

¿Cómo hacerlo con éxito?

CAPÍTULO XI

Había un medio casi infalible. En la guerra, los ataques frontales solían causar siempre gran número de bajas cuando no fracasaban.

Lo mejor era dar un rodeo. Empezar por un peldaño inferior. Era de suponer que Ned, en su guarida de «El Gato Salvaje», contaría con la protección de alguno de sus gorilas. Debía buscarle de alguna forma que pudiese hallarlo desprevenido.

No tardó mucho en llegar a una solución. Y la puso en práctica sin pérdida de tiempo.

Esperó pacientemente hasta casi las cuatro de la madrugada. Afortunadamente disponía de un cómodo sillón en el que, incluso, descabezó un sueñecito, que alivió bastante su cansancio.

El ruido de una llave al girar en la cerradura alertó sus sentidos. Poniéndose en pie, caminó silenciosamente y se situó al lado de la puerta.

Rossanna Owner cruzó el umbral y se volvió para cerrar. Entonces vio al joven parado junto a la puerta.

La mujer quiso lanzar un grito. Rafferty se lo impidió por un procedimiento hartito expeditivo.

—Lo siento, no es mi especialidad —murmuró, al tiempo que avanzaba su puño hacia el estómago de la artista.

Rossanna se dobló sobre sí mismo, vacíos de aire los pulmones. Se agarró al estómago con ambas manos, olvidándose del bolso, que cayó sobre el suelo con ruido sordo.

Rafferty se inclinó tranquilamente y recogió el bolso. Rossanna jadeaba, tratando de buscar aire para poder respirar.

El joven abrió el bolso. Tal como había supuesto, encontró en su interior una diminuta pistola, que pasó a su poder inmediatamente.

La artista se incorporó al fin, contemplándole con ojos

llameantes de odio. Tranquilamente, Rafferty levantó la mano y le apuntó a la frente.

—Un solo grito y te mato —dijo truculentamente.

Rossanna palideció. Rafferty le dio una orden.

—Siéntate.

Ella obedeció, con el asombro y el temor pintado en sus ojos. No acababa de comprender cómo había logrado volver el joven a su casa.

—Pensabas que Al me habría liquidado, ¿no es cierto? —dijo él—. Lo siento; cayó a la vía con su automóvil y un tren que venía en aquel instante lo mató.

El pánico se reflejó en los ojos de Rossanna.

—Escúcheme —rogó—. Deje que le explique. Yo... ellos me obligaron...

—No me interesa lo que ha pasado, sino lo que va a pasar —atajó Rafferty—. ¿Dónde está Ned?

—No lo sé...

Rafferty acercó el cañón del arma a la frente de Rossanna.

—Si piensas que no estoy dispuesto a apretar el gatillo, te equivocas —dijo—. Muerta no dirás nada, por supuesto, pero, al menos, no te habrás burlado de mí. Habla.

La expresión del joven era terrible. Rossanna se dio cuenta de que no podía esperar compasión de él.

—Está en su casa.

—¿No vive en «El Gato Salvaje»?

—No. Tiene un apartamento en el edificio Humbler.

—Se ve que su local le produce bastante dinero —comentó Rafferty, sarcásticamente. El edificio Humbler era una casa de apartamentos lujosos, posiblemente, los más caros de la ciudad—. ¿Cuál es el número del apartamento?

Ella se lo dijo.

—Bien, si me has engañado, no vivirás para contarlo. Rossana, estás metida en un buen jaleo. ¿Es que no sabes que Ned es el jefe de la banda de «Los Cinco Muñecos»?

La artista le miró con ojos de pismo.

—Así como suena —añadió el joven—. No te muevas de dónde estás —ordenó.

Fue hacia el teléfono y pegó un par de tirones al cable, hasta

arrancarlo de la pared.

—De este modo no avisarás a Ned —dijo finalmente.

Retrocedió hasta la puerta. El bolso se hallaba sobre una consola.

Sacó la llave de su interior.

—No te muevas de tu casa en veinticuatro horas —se despidió de ella—. Es tu seguro de vida.

Rossanna tenía demasiado miedo para no obedecer. Asintió en silencio, mientras el joven salía.

Rafferty cerró la puerta con doble llave. Luego la dejó caer por el hueco del ascensor.

De allí se dirigió al edificio Humbler. Trabajo vano; Ned no había acudido a la casa.

Esperó en la acera de enfrente hasta que la mañana llegó casi a su mitad. Entonces comprendió que Ned debía haberse enterado de la muerte de Al o por lo menos, lo habría sospechado, visto su retraso en volver. Parecía lógico, pues, que evitase acudir a un lugar donde podía ser sorprendido.

Rafferty se dirigió a «El Gato Salvaje». Allí le informaron que Ned se había ido hacía rato y que desconocían su paradero. Puesto que se lo dijo una de las mujeres de la limpieza, era de sentido común creer en el informe.

Desalentado y rendido por una noche entera en vela, se dirigió a su apartamento. Necesitaba dormir.

¿Dónde estaba Ned? Se preguntó, mientras se metía en la cama.

El forajido estaba comprando en aquel instante un gran ramo de flores.

Fanny despertó cuando oyó sonar el timbre de la puerta. Saltó de la cama, se puso una bata y caminó hacia el vestíbulo.

De pronto, cuando iba a abrir, se acordó del consejo del joven.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un mensajero de la floristería, señorita Skowil —contestó una voz masculina—. Le traigo un ramo de flores de parte del señor Rafferty.

Fanny cayó incautamente en la trampa. Abrió y el ramo de flores le golpeó en pleno rostro, haciéndola trastabillar y, finalmente, caer sentada al suelo.

Lanzó un grito de susto. La puerta se cerró y un sujeto de

aspecto feroz, que empuñaba una pistola, se encaró con ella.

—Levántese —ordenó Ned perentoriamente.

Fanny obedeció, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó atemorizada.

El forajido observó la indumentaria de Fanny.

—Vístase —dijo—. Tenemos que salir.

—¿A dónde?

Ned la agarró por un brazo y la empujó brutalmente hacia su dormitorio.

—Vístase y no haga más preguntas —rezongó—. Si no lo hace usted tendré que hacerlo yo. ¿Estamos?

Fanny vaciló, con las manos en el cordón de la bata. Impaciente, Ned le arrancó la prenda a tirones. La muchacha quedó únicamente con el camisón puesto.

Ned la sujetó por una muñeca y se asomó al inmediato cuarto de baño. La ventana era pequeña y daba a un patio interior.

—Aquí se podrá vestir —dijo—. Y no grite o será lo último que haga en su vida.

Temblando de miedo, Fanny sacó ropa del armario. Se preguntó a dónde la llevaría aquel bandido.

—No cierre la puerta —indicó Ned—. Yo no miraré, si es que eso la disgusta, pero de usted depende lo que pueda suceder. ¿Estamos?

Fanny asintió. La razón le dijo que debía obedecer al forajido.

¿Por qué no estaría Hart allí, a su lado? Gimió, mientras se quitaba el camisón.

* * *

Rafferty se bañó después de varias horas de profundo y reparador sueño. Tenía en el apartamento un pequeño frigorífico con algunas conservas. Comió con buen apetito, mientras trataba de elaborar un plan que le permitiese llegar hasta Ned.

Para distraerse encendió el televisor. Un locutor daba las últimas noticias en aquel momento. Ninguna de ellas interesaba al joven particularmente.

Contempló después un «corto» de humor. Apenas si paró mientes en lo que decían los actores, obsesionado con la idea de encontrar a Ned.

Puesto que no encontraba ninguna solución y no le parecía

prudente presentarse en «El Gato Salvaje», decidió llamar a Fanny.

La muchacha no contestó. Rafferty pensó que habría acudido a los estudios de la televisión.

Llamó a la emisora. Allí le dijeron que Fanny no se había presentado al trabajo.

Rafferty se quedó muy pensativo. ¿Estaría la muchacha haciendo algunas indagaciones por su cuenta?

Volvió a sentarse ante el televisor, notablemente inquieto. Las preocupaciones atenazaban su mente.

Después de unos anuncios, empezó un programa de curiosidades, en el que dos locutores, un hombre y una muchacha, contestaban a las preguntas que les dirigían los televidentes. Algunas de ellas le parecieron insensatas. ¿Era posible tanta estupidez? Se dijo.

De pronto, la muchacha levó una pregunta dirigida por una mujer curiosa. Rafferty aguzó el oído. La pregunta se refería a Fanny.

—No, mí querida señora Mollingsbee —contestó la presentadora, sonriendo amablemente—. Mi encantadora compañera Stephanie Skowil, a quien todos conocemos Trajo el nombre familiar de Fanny, no se ha casado todavía. Suponemos que lo hará algún día; una muchacha tan hermosa, no dejará de tener sus pretendientes, pero ella es muy reservada sobre el particular y...

Rafferty estaba con la boca abierta de par en par. Ni siquiera captó el resto de la contestación.

Fanny no se llamaba Francés, como él había supuesto y como todo el mundo supondría, dado que Fanny era el habitual diminutivo familiar del nombre propio. En este caso, Fanny era diminutivo de Stephanie.

Entonces, las iniciales de la pitillera debieron haber sido S. S. y no F. S.

—¿A quién diablos corresponden, pues, esas iniciales? —se preguntó en voz alta.

Y de pronto, con fulgor relampagueante, encontró la respuesta.

En el mismo instante, llamaron a la puerta.

CAPÍTULO XII

Rafferty abrió la puerta. Su sorpresa fue mucho menor de lo que esperaba.

—Señor Simmons —exclamó.

El director del Banco sonrió amablemente.

—¿Cómo está, Rafferty? —dijo.

—Bien —respondió el joven—. Pase, tenga la bondad. Simmons cruzó el umbral. Al lado de la puerta había un jarrón. Rafferty lo agarró, levantándolo en alto, con ánimo de estrellarlo en la cabeza de Simmons.

Se volvió. Sus manos quedaron levantadas.

Simmons le apuntaba con un revólver.

—Deje el jarrón, Rafferty —dijo el dueño del Banco, con expresión sonriente—. No me obligue a matarlo; tengo otros planes para usted.

El joven inspiró profundamente.

—Así que es usted —dijo.

—Lo adivinó al fin, ¿eh?

—Sí —contestó el joven, hoscamente.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Simmons.

—Por una pitillera de platino, con iniciales de rubíes.

Creí que pertenecía a Fanny Skowil, pero es suya, Farcey Simmons.

—Ahora ha vuelto a ser mía, pero hubo un tiempo que perteneció a Fanny. Se la regalé yo, aparte de otros motivos que no es prudente nombrar, por la curiosa coincidencia de nuestras iniciales.

—Se equivoca usted —dijo el joven—. Esas iniciales no corresponden a Fanny.

Simmons enarcó las cejas.

—No me diga —murmuró burlonamente.

—El verdadero nombre de ella es Stephanie.

Simmons respingó.

—Está mintiendo —dijo.

Rafferty indicó el teléfono.

—Llame a la emisora —contestó en tono indiferente—. Allí se lo confirmarán.

—Está bien, de todos modos, eso no tiene verdadera importancia. Hay otras cosas más importantes que resolver.

—Por ejemplo, las causas de la muerte de Loggo Raymond —dijo Rafferty descaradamente—. ¿Por qué lo mató usted?

—Robó mi Banco, el muy canalla.

—Pero Raymond pertenecía a la banda de «Los Cinco Muñecos».

—Hubo una discusión sobre el reparto del último botín. Raymond estimaba que le habían correspondido siete mil quinientos dólares de menos.

—Y usted adivinó que el hombre que le había robado, precisamente, esa cantidad, no podía ser otro que Raymond.

—Exactamente. Además, era preciso dar un escarmiento y restablecer la disciplina en la banda.

—Un punto de vista muy original. Me preguntó cómo supo usted que yo tenía la pitillera. Es de presumir que Fanny no se lo dijo.

—No, ella no me lo dijo. Fue el sargento Feneran, quien vino a verme para hablar de nuevo sobre el atraco de Raymond. Dijo que usted había estado examinando el libro de fotografías de delincuentes fichados, pero que no había encontrado a Raymond. Yo sé que usted le vio perfectamente la cara y que podía identificarle. Cuando le dijo al sargento que no le reconocía, mintió. Así supe que había estado en casa de Raymond.

—Y envió a Cosmo y a Al para quitarme el dinero.

—Yo sólo quería la pitillera. Si ellos le pidieron el dinero, fue porque creían que usted lo tenía. Eran dos pillos, que pretendían quedarse con el botín de Raymond.

—Y en vista de que no lo consiguieron, se quedaron con la pitillera.

—Fue Cosmo el que se la quedó.

—Y usted, para evitar que le hiciese presión, lo mató también.

—Sí —admitió Simmons llanamente—. Últimamente, se habían vuelto muy díscolos. Yo no podía tolerarlo, así de sencillo.

—Pero no mató a Al.

—Al dijo que no sabía nada del asunto y que creía que Cosmo me había entregado la pitillera. De todas formas, usted me evitó un trabajo, Rafferty.

El joven miró a su interlocutor con asco. Nunca hubiese creído de Simmons una cosa semejante. El banquero se expresaba con la mayor sangre fría del mundo, como si matar a las personas careciese de importancia.

—Supongo que Hodges murió para evitar que hablara —dijo Rafferty al cabo de unos momentos.

—Sí. Me dijo que usted lo había reconocido de alguna manera... Era un tipo blando. Tenía que morir.

Rafferty hizo un rápido cálculo.

—Oiga, con Al hacen seis... y la banda, según informaciones oficiales, sólo está compuesta por cinco —dijo.

—Al era el hombre de confianza de Ned. No tomaba parte en los asaltos.

—Los cuales se realizaban gracias a usted y a la excelente información que poseía sobre los demás Bancos.

—Exactamente.

—Pero, no entiendo; usted tiene un Banco...

—Con unas reservas muy pequeñas, preciso es confesarlo. Había que aumentarlas.

—Sin necesidad de recurrir a la Reserva Federal ni hipotecar su activo con algún Banco más poderoso.

—Efectivamente. Siempre me gustó ser dueño de lo mío y no compartirlo con nadie.

Rafferty le miró oblicuamente.

—¿Entregó usted a Fanny un cheque por siete mil quinientos dólares?

—Sí. Ella quería recobrar la pitillera y mi deber era ayudarla.

—Cobrándose la ayuda de la manera más repugnante que conozco —dijo Rafferty, conteniéndose difícilmente.

Simmons sonrió.

—¿Usted no lo hubiera hecho, Rafferty?

El joven dio un paso hacia adelante, con los puños crispados.

Simmons blandió el revólver.

—¡Cuidadito! —dijo—. Tengo otros planes para usted, le gusten o no. Y, ¡qué demonios! Mis planes pueden reportarle cincuenta mil dólares... en lugar de los veinte semanales que le concedí.

—Ahora comprendo por qué me readmitió —dijo el joven rabiosamente—. Quería tenerme a su lado, bien seguro.

—Celebro su clarividencia —rió Simmons. Metió la mano en el bolsillo y sacó algo que puso sobre una mesita—. Abra esa caja, saque dos tabletas y tómeselas inmediatamente.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

—Narcótico. Quiero que duerma toda la noche.

—¿Qué es lo que pretende de mí? —preguntó Rafferty.

—Ya lo he dicho; regalarle cincuenta mil dólares. Pero habrá de hacer exactamente todo lo que le diga.

Los ojos del joven chispearon.

—¡Usted quiere que le ayude a cometer otro atraco! —exclamó.

—Es usted un adivino, Rafferty. Sí, eso es exactamente lo que deseo.

—No lo haré. —El joven se cruzó de brazos, pero su actitud no pareció impresionar al banquero demasiado.

Simmons estiró el brazo izquierdo y consultó su reloj de pulsera.

—Son las nueve y diez minutos de la noche. Si a las nueve y media no se ha tomado usted las tabletas, Fanny morirá.

Rafferty miró a Simmons torvamente.

—Está tratando de intimidarme —dijo.

—Yo de usted, no me lo pensaría mucho. Fanny está en poder de mí buen amigo Ned Browne. Ned espera mi llamada para las nueve y media lo más tardar. Si no la recibe, Fanny...

Simmons dejó la frase inconclusa, a fin de que el joven se sintiese más afectado. Rafferty comprendió que el forajido no mentía.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Y después?

—Se lo diré mañana, cuando despierte. Tómesese las tabletas —contestó Simmons con acento implacable.

Rafferty tomó la cajita y la abrió, extrayendo de su interior las dos tabletas. Miró un momento a su antagonista.

—No es veneno, palabra de honor —sonrió Simmons.

—Usted no conoce lo que es honor —refunfuñó el joven.

—A su gusto, pero tómese las tabletas.

Rafferty se las puso en la boca. Reunió un poco de saliva y notó que se deslizaban por su garganta.

¿Y si de verdad fuesen venenosas?

En todo caso, era ya tarde.

Fanny se sentó en el lecho, sintiéndose tremendamente desanimada. Ned la había llevado fuera de la ciudad, a lo que parecía ser una casa de campo aislada, encerrándola en una habitación muy pequeña, con una cama y una silla como único mobiliario.

La habitación disponía de un diminuto ventanuco, por el que apenas si hubiese podido pasar la mano. Imposible soñar con evadirse por aquel lugar.

Y al otro lado de la puerta, estaba el forajido, dispuesto a todo.

Pasó un largo rato. De pronto, oyó el sonido de un teléfono.

Movida por la curiosidad, se acercó a la puerta. Escuchó atentamente. Aunque con tonos débiles, pudo captar la voz de Ned.

—Sí, soy Ned... Sí, la chica está aquí... Descuide, está segura... ¿Cómo? ¿Ya tiene usted al otro? Eso es magnífico, jefe... Supongo que después de todo, habrá que liquidarlos... Claro... Sí, por supuesto... Descuide usted... Aquí estará hasta después... Oiga, ¿no cree que dos solos para el «Security» es demasiado arriesgado? Bueno, como quiera... pero respéteme mi parte; es lo interesante... De acuerdo, adiós.

Ned colgó el teléfono y la muchacha, al darse cuenta, regresó corriendo junto al lecho.

Empezó a reflexionar, hondamente preocupada por lo que acababa de escuchar.

Ned había hablado con el jefe. Éste había dicho que ya tenía al otro.

El otro sólo podía ser Hart Rafferty. Fanny tembló por la suerte del joven.

¿Por qué había dicho que dos solos eran demasiado arriesgado?

Ned había mencionado también el «Security». Parecía un nombre de entidad bancaria... ¿Estaban planeando un atraco?

Pero Hart no lo haría por gusto. Esto significaba que le estaban forzando a cometer el delito... seguramente le habían dicho que ella estaba prisionera y Hart, para evitar que sufriese el menor daño,

habría accedido a secundar los planes del jefe.

¿Quién era éste?

Lo comprendió todo rápidamente. ¿Cómo no había sabido verlo antes?

La pitillera que le había regalado tiempo atrás, con tanta insistencia, que ella no había sabido negarse... Pero ella nunca le había dicho que sus iniciales no correspondían con las suyas, aunque sí con las de Simmons...

Fanny había dicho que era muy bonita. Simmons, creyéndolo un capricho femenino, se había empeñado en que la aceptase. Ahora quería recobrarla... y la había recobrado.

—¡Oh, qué tonta he sido! —se acusó, llena de congoja.

Y temió lo peor por la suerte del joven, porque no quería que le sucediese nada malo.

Las horas pasaron lentamente. Fanny no hacía más que buscar un medio de escapar de allí, sin encontrar ninguno viable.

El atraco se produciría a las nueve de la mañana. Si pudiera encontrar el medio de avisar a la policía...

Durmió un par de horas, pero se despertó, repentinamente sobresaltada, sin saber por qué. Miró hacia el ventanuco; una tenue claridad anunciaba ya la llegada del nuevo día.

Quedaban ya poco más de tres horas y media para que se produjese el atraco. Y después...

Se estremeció al pensar en la suerte que les aguardaba. Aquellos dos criminales no tendrían compasión de ellos.

Miró en torno suyo. El bolso estaba sobre la silla.

Lo abrió y sacó un paquete de cigarrillos. Sacó los fósforos y prendió uno.

Pero no encendió el cigarrillo. Acababa de encontrar el modo de salvarse.

Apago la cerilla y cogiendo la silla, la situó al pie de la ventana, abriéndola con el fin de que entrase aire.

Luego recogió todas las ropas de la cama y las puso en un montón en el centro de la estancia. Empezó a prenderlas fuego, aplicando los fósforos primeramente a las sábanas.

Una columna de humo se elevó del montón de ropas. La humareda se espesó.

Fanny comprendió que, pese al ventanuco, no podría durar

mucho tiempo más en aquella situación. Sin embargo, supo contener sus nervios y esperar lo suficiente, hasta que vio que las llamas prendían francamente en las sábanas.

Entonces fue hacia la cama y cogió el colchón con ambas manos, situándose junto a la puerta. Golpeó la madera con los tacones fuertemente.

Durante unos momentos, no ocurrió nada. Fanny llegó a creer que Ned la había dejado sola en la casa, con lo que el riesgo de morir asfixiada se le hizo patente.

Repitió los taconazos. No tardó esta vez en oír la bronca voz del forajido.

—¿Qué es lo que sucede? —Gruñó Ned, de mal talante—. ¿Es que no puede dormir a gusto? Todavía no ha amanecido...

—Esta habitación no tiene cuarto de baño —protestó ella.

Hubo un momento de silencio.

—Conque es eso —rezongó Ned—. Está bien.

Conteniendo los apresurados latidos de su corazón, Fanny esperó junto a la puerta, con el colchón en brazos. Las mantas humeaban solamente, pero las sábanas despedían ya unas llamaradas más que regulares.

El calor empezaba a ser insoportable.

Giró una llave en la cerradura. La puerta se abrió.

Sonó una tremenda imprecación.

—¡Eh, qué diablos...!

Ned vio las llamas y no pensó en otra cosa que en apagarlas. Dio un par de pasos dentro de la estancia y entonces Fanny, acometiéndole por detrás, le arrojó el colchón sobre la cabeza.

Ned lanzó un tremendo aullido al caer sobre las ropas incendiadas. La muchacha aprovechó la ocasión y salió fuera de la estancia, cerrando la puerta con llave.

Miró en torno suyo. Ah, allí estaba el teléfono.

Corrió hacia el aparato y lo levantó. De pronto, sonó un tremendo estampido.

Fanny miró hacia la puerta. El forajido trataba de romper la cerradura a balazos.

No tenía tiempo de avisar a la policía. Soltando el teléfono, se precipitó alocadamente hacia la salida, mientras a sus espaldas continuaban los disparos y los juramentos del rufián chasqueado.

CAPÍTULO XIII

Rafferty conducía el automóvil. Simmons iba a su lado.

—Piense en Fanny —dijo— y recuerde que el menor gesto sospechoso, le costará la vida. Después que hayamos salido del «Security», telefonearemos a Ned para que le deje en libertad.

—¿Piensa que yo me callaré luego? —preguntó el joven, con las manos crispadas sobre el volante.

—Claro que sí —rió Simmons—. Los cincuenta mil que se quedará, le harán cerrar la boca aunque no quiera.

El joven se sentía aun ligeramente aturdido. A pesar de las dos tazas de café que se había tomado y de la ducha, los efectos del narcótico pesaban en su organismo, máximo cuando no estaba habituado a tomar sedantes. La noche se le había pasado en un soplo, hasta el punto de que Simmons se había visto obligado a hacer verdaderos esfuerzos para conseguir despertarle.

A trescientos metros del Banco, Simmons le hizo meterse por un callejón escasamente transitado.

—Pare —ordenó, cuando estaban a la mitad del callejón.

Rafferty obedeció, sin saber a dónde quería ir a parar el miserable. Entonces, Simmons sacó un objeto de la guantera y se lo entregó al joven.

—Póngaselo —ordenó.

Era una máscara. Rafferty mantuvo las manos sobre el volante.

—Recuerde a Fanny —dijo Simmons insidiosamente—. Y recuerde también el revólver que le está apuntando directamente al costado derecho.

Rafferty suspiró y se colocó la máscara.

—Ajústela bien, que no se note que es un disfraz.

El joven hizo lo que le decían. A juzgar por el tacto, la máscara

se amoldaba exactamente a las facciones.

—No soy aficionado a las palabrotas —dijo—, pero me parece que si hay algún hijo de perra en este mundo, se llama Farcey Simmons.

—Bueno —contestó el banquero, indiferentemente.

De pronto, Rafferty sintió que le introducían un objeto pesado en el bolsillo derecho de su chaqueta.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

—Un revólver. Pero no se alegre; está descargado. ¡Siga!

Rafferty puso el auto nuevamente en marcha.

—¿Qué es lo que se propone exactamente, Simmons? —preguntó.

—Ya lo verá en su momento —respondió el asesino—. Un consejo: no despegue los labios para nada, excepto para decir «Qué tal» y «Buenos días». Si el golpe fracasa, Fanny será una más en pagar las consecuencias.

—Está bien.

Salieron del callejón. Dieron la vuelta a la manzana y enfilaron de nuevo el camino del «Security».

Momentos después, Rafferty detenía el coche ante la puerta del Banco. Simmons le entregó un gran maletín negro.

—Cójalo —ordenó.

Los dos hombres salieron del coche y cruzaron la acera con entera naturalidad. El portero saludó a Simmons amablemente; no era la primera vez que le veía.

—Haga el favor de anunciarnos al señor Rynsler —dijo Simmons sin detenerse.

—Sí, señor Simmons. —El portero se precipitó hacia el teléfono interior.

Cruzaron la espaciosa sala destinada a atender al público. El «Security National Bank» tenía mucha más importancia y volumen de negocio que el «Simmons Trust» y su apariencia estaba de acuerdo con su rango.

Atravesaron la enorme sala y llegaron a una puerta, en la que se leía el nombre del director de la entidad: J. Rynsler.

Simmons llamó a la puerta con los nudillos. Instantes después, el propio director salía a abrirles.

—Querido Simmons —exclamó, tendiéndole una mano—.

¡Cuánto me alegro de verle!

—Lo celebro mucho, señor Rynsler —contestó el asesino afablemente—. Le presento a uno de mis mejores empleados, Hart Rafferty.

—¿Qué tal, señor Rafferty? —saludó Rynsler.

—Hola —dijo el joven secamente.

El director del «Security» miró a Simmons.

—Tengo preparada ya la suma que usted me anunció ayer por teléfono —manifestó.

—Estupendo —contestó Simmons—. Firmaré los documentos en el acto.

La suerte de Fanny ataba en las manos de Rafferty.

De lo contrario, se habría abalanzado sobre Simmons y...

Era preferible no pensar en ello, por el momento. Quizá, más adelante, encontrase una solución.

Rynsler tenía dispuesta una serie de documentos que Simmons firmó rápidamente. Entonces, Rynsler tocó un timbre.

Un individuo apareció por una puertecita lateral.

—Mainer —ordenó el director del «Security», haga el favor de traer los doscientos cincuenta mil dólares del señor Rynsler.

—Al momento, señor Rynsler —contestó el empleado.

Rynsler se volvió hacia Simmons.

Un cuarto de millón es una suma más que respetable —dijo—. ¿No tiene miedo de que le asalten en el camino?

—Oh, no —rió Simmons—, el señor Rafferty va armado y cuidará de mí y del dinero. ¿No es cierto, Rafferty?

—Sí, señor —contestó el joven con voz cavernosa.

El dinero vino más tarde. Eran veinticinco fajos de billetes de cien dólares, a diez mil por fajo, cuidadosamente apilados y sujetos por las etiquetas, todavía nuevas.

—¿Quiere contarlos? —invito Rynsler.

—Por favor —dijo Simmons—. Me fío de usted completamente. ¿Rafferty?

El joven guardó el dinero dentro del maletín. Hubiera sido tan fácil golpear a Simmons en la cara con maletín... Pero estaba Fanny y no podía.

Simmons estrechó la mano de Rynsler.

—Ha sido un verdadero placer —aseguró.

—Él gusto ha sido mío, Simmons. Me agradecería verle con más frecuencia. Adiós, señor Rafferty.

—Buenos días —contestó el joven.

Y se volvió, encaminándose hacia la puerta.

Entonces, Simmons metió rápidamente la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un papel doblado, que arrojó sobre la mesa del director del «Security». Sin decir una sola palabra, siguió al joven.

Rynsler observó la acción de Simmons con gran asombro. Invadido por la curiosidad, tomó el papel y lo desdobló.

Rynsler tenía muy pocos pelos, pero los pocos que conservaba se le pusieron de punto al leer las palabras escritas en el papel.

«Rafferty es el jefe de la banda de “Los Cinco Muñecos”. Me tiene amenazado con el revólver que lleva encima y he de disimular para salvar mi vida. Por favor, avise a la policía, pero que obren discretamente».

Rynsler se precipitó sobre el teléfono.

Mientras tanto, Simmons y Rafferty se acercaban a la puerta.

Cruzaron el umbral.

—De me el maletín —pidió Simmons secamente—. Usted conducirá, el coche adonde yo le diga.

—¿Tiene ya el pasaporte preparado? —murmuró Rafferty entre dientes.

Simmons le dirigió una amable sonrisa.

—Exactamente, amigo mío. Un cuarto de millón me permitirá volar muy lejos, se lo aseguro. En cambio, usted...

El «Security» era un edificio de aspecto majestuoso, cuya puerta se hallaba separada del suelo por una escalara de seis peldaños. Cuando ponían el pie en la acera, vieron que se acercaba un coche a toda velocidad.

El automóvil se detuvo bruscamente y sus portezuelas se abrieron, dejando paso a dos hombres armados con sendas pistolas:

Rafferty los reconoció inmediatamente. Eran el teniente Dogson y su segundo Feneran.

Detrás de ellos salió una mujer.

—¡Fanny! —gritó el joven.

Simmons se sobresaltó terriblemente. En un segundo comprendió que sus planes tan bien trazados habían fallado.

Cambiándose el maletín de mano, sacó el revólver y corrió hacia su automóvil.

—¡Deténgase, Simmons! —gritó Dogson.

El asesino se volvió y levantó la mano armada. Feneran hizo fuego.

Simmons fue alcanzado por el proyectil y proyectado violentamente contra el costado del automóvil. Una expresión de dolor se dibujó en su rostro, a la vez que el maletín se escapaba de unos dedos sin fuerza.

Los dos hombres se situaron a prudente distancia del asesino, apuntándole con las armas. Simmons continuaba apoyado en el costado del auto.

Levantó el revólver obstinadamente. De pronto, abrió los dedos y el arma cayó al suelo.

Simmons resbaló lentamente, hasta quedar tendido Junto al bordillo de la acera. Feneran corrió hacia él.

Rafferty se arrancó la máscara de un tirón y la arrojó a un lado furiosamente.

—No dispare, teniente —rogó, poniendo las manos en alto—. Yo no pertenezco a esa banda; él me obligó...

Dogson sonrió.

—No es necesario que se disculpe; lo sabemos todo.

Fanny corrió hacia él y le tomó las manos, mirándole ansiosamente.

—Hart —murmuró. No tenía fuerzas para pronunciar otra palabra más.

—¿Te tenían presa?

—Sí. Ned... pero conseguí escaparme... Ned me persiguió a través de los campos... sin lograr alcanzarme... Estaba en una casa de campo, muy lejos de la ciudad... y por eso no pude venir antes...

—Ned Browne está a buen recaudo —intervino Dogson—. Ha contado muchas cosas, verdaderamente interesantes. Le convenía hablar, para que le exculparan de los crímenes cometidos por Simmons.

Rafferty respiró aliviado.

—Eso quiere decir que estoy libre —murmuró.

—Claro —rió el teniente—. Quedan aún algunos trámites por hacer, pero no tienen ninguna importancia. Váyanse los dos; les avisaré cuando deban presentarse a declarar.

—Sí, teniente —dijo Rafferty, cogiendo el brazo de la muchacha.

De pronto, se acordó de una cosa. Sacó el revólver y se lo entregó a Dogson.

—Quería simular que yo le amenazaba, cuando, en realidad, era todo lo contrario —dijo.

—Un plan hábil, pero que no dio resultado —sonrió Dogson—. Dé las gracias a la valerosa señorita Skowil; de no haber conseguido escapar, habríamos llegado a creer, en efecto, que era usted uno de «Los Cinco Muñecos».

—Pretendía evadirse del país con un cuarto de millón —manifestó Rafferty.

—Falló —dijo Dogson lacónicamente. El sargento Feneran se acercó en aquel instante.

—Ha muerto —informó con sobriedad.

Rafferty y Fanny se miraron a los ojos. Luego, cogidos de la mano, se alejaron de aquel lugar.

Hart Rafferty encendió el televisor y se sentó frente al aparato. Estaba satisfecho por un lado. Una comisión bancaria se había hecho cargo de los asuntos del «Simmons Trust» y el presidente de la misma le había concedido un importante aumento.

Las compañías de seguros habían recobrado buena parte del dinero robado. El joven había recibido también una excelente recompensa monetaria. ¿Pedía pedir algo más?

Sí, se dijo, pero no lo conseguiría.

La imagen de Fanny apareció en la pantalla. Su voz suave y persuasiva llegó a oídos del joven, anunciando el programa de «La Perfecta Madre y Ama de Casa».

Fanny había vuelto a su trabajo y él...

—Ahora —dijo Fanny—, les enseñaré cómo preparar un postre para una fiesta de cumpleaños. Es sencillo, económico, fácil de hacer y muy gustoso. Presten atención...

Se levantó y, rabioso, se dispuso a apagar el televisor. Pero no llegó a hacerlo.

—¿No quieres saber cómo se hace el postre, Hart?

Rafferty se volvió lentamente. Fanny estaba frente a él, sonriéndole hechiceramente.

Miró a la pantalla. Fanny continuaba hablando.

—El programa estaba grabado —sonrió ella—. Por eso he venido a verte... y a preguntarte si tiene quien te prepare los postres en las fiestas familiares.

—No, claro que no...

Ella se le acercó y le puso las manos sobre los hombros.

—Hart, mi pasado no... no es todo lo limpio que debiera ser. Pero... si pensaras en mis pocos años de entonces, mi experiencia...

Rafferty estrechó su cintura.

—¿Tú me quieres? —preguntó.

—Sí —contestó Fanny.

El joven sonrió.

—Nadie está en condiciones de tirar la primera piedra —dijo.

—Te explicaré...

—No me explicarás nada —cortó él—. Para mí, tu pasado empieza a partir de este momento.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, Hart! —exclamó, colgándose de su cuello.

Rafferty acarició sus sedosos cabellos. Sonrió.

El futuro se presentaba prometedor. ¿Qué importaba, entonces, el pasado?

FIN



LA DANZA DE LA MUERTE

por

BURTON HARE

El pistolero comprendió que si perdía un segundo más estaba perdido, cogido entre dos fuegos, lanzándose al volante de su coche salió a tal velocidad que la mitad de sus neumáticos quedaron adheridos al asfalto a causa de la salvaje acelerada.

Sólo entonces los policías entraron en acción y le mandaron una rociada de balas con sus revólveres de reglamento. Forzosamente, el coche fugitivo hubo de pasar junto al policíaco, y el rabioso pistolero lo aprovechó para disparar un par de veces contra él, cual si quisiera dejarles así su tarjeta de visita. Tras esto, dobló la primera esquina entre el chillido de sus cubiertas y desapareció.

*Muchos habían visto actuar a aquella exótica
bailarina...*

Pero pocos sabían qu su danza era...

LA DANZA DE LA MUERTE

*título que BURTON HARE ha dado a una
de sus mejores novelas*

¡Aparecerá la próxima semana!

TESOROS OCULTOS



RIQUEZAS
QUE
ESPERAN...

... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epesa

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*